BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LOS PRUSIANOS EN LA LORENA,

O LA HONRA DE UNA MADRE.

Drama de espectáculo en tres actos y un prólogo, arreglado al teatro español por D. Joaquin Hurtado de Mendoza *y* D. Eduardo Muscat, *representado en el teatro de Variedades el año de* 1845.

Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de *Perez* y *Jordan*, calle de las Carretas, *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, y *Castan*, calle del Príncipe, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.

PRÓLOGO.

M. de Malsanne, *representante de la asamblea nacional en Lorena*
Antonio Serafin, *hermano de leche de Constanza* (21 *años.*)
El Matador, *capitan de húsares de Brunswich.*
Komsper, *y*
Werms, *húsares de Brunswich.*
Pedro, *mozo de la Quinta.*
Cristobal, *aldeano de Verdun.*
Constanza de Malsanne (21 *años.*)
La Madre Serafina, *nodriza de Constanza*
Aldeanos, *Aldeanas, Húsares negros.*

La escena pasa en Lorena, año 1792.

Interior de una Quinta, en medio de un bosque, en la Lorena. A la derecha cuerpo elegante de casa con una larga escalera que conduce á un campanario. A la izquierda, cuerpo de la quinta y sus dependencias que se pierden á lo lejos. En el foro puerta grande, paredes bajas por las cuales se vé el bosque de la Argona, á la izquierda ventana, en medio del teatro una gran pilastra.

ESCENA I.

Pedro, Cristobal, *Aldeanos y luego la* Madre Serafina.

(*Pedro á la cabeza de los aldeanos que rodean tumultuosamente un correo, baja por la colina y entra en el proscenio.*)

Ped. Señor de Malsanne!... Señor de Malsanne!..

Aldeanos. El representante!... Que salga!... que salga!

Seraf. (*saliendo por la derecha.*) Qué ocurre? qué quereis?...

Ped. Es Cristóbal, madre Serafina, Cristóbal de Verdun.

Seraf. Cristóbal de Verdum!.... Dónde está?.... Ah!... has visto á Antonio? Cristóbal, has visto á mi hijo?..

Cris. Vuestro hijo? no?...

Seraf. Debes haberle encontrado, ha ido á Clermont.

Cris. A Clermont!... ya, pero como yo no he venido por el camino real, sino por atajos y veredas... ya veis... hace seis horas que estoy andando, quiero decir, corriendo, porque estoy de prisa.

Ped. Vamos pues, despachaos madre Serafina,

llamad al amo, lo ois?... pronto!...

Seraf. Voy volando, volando! (*ap.*) Y mi Antonio, mi pobre Antonio si le habrá ocurrido alguna desgracia?... (*vase por la derecha*)

ESCENA II.

Pedro, Cristobal, *Aldeanos.*

Ped. Por qué no has venido por el camino real, Cristòbal?...

Cris. Los prusianos me lo han impedido.

Ped. Los prusianos!... Y los has visto?

Cris. Sitiando los tienes á Verdun.

Ped. Y el señor de Beaurepaire el buen gobernador?

Cris. Oh! mientras él viva no se apoderarán de la ciudad.

Ped. Bien lo creo, escelente patricio!... pero tú cómo has podido pasar?

Cris. Yo!... á favor de la niebla, y luego como no soy gordo.

Ped. No te han visto?

Cris. Si, y por cierto que me hicieron fuego.

Ped. Y qué?...

Cris. No me acertaron. (*rie.*) Ah! ha!... Si vierais como corria, pero por fin me salvé, y mas que nada estos pliegos.

Un aldeano. A ver, à ver que dice eso?... (*señalando al despacho.*)

Cris. Eres muy curioso, amigo, pero sé tanto como tú.

M. D. Seraf. El señor de Malsanne.

ESCENA III.

Dichos, Malsanne.

Ped. Atrás!... atras!... (*los aldeanos se retiran con respeto.*)

Mal. Dónde está el correo?...

Cris. Aqui, señor conde. (*le entrega unos pliegos y saluda.*)

Mals. (*leyendo.*) De Beaurepaire!... Qué dirá?... (*se aparta un poco y lee.*) Verdun 1.° de Setiembre de 1792. (*hablando.*) Es hoy!... (*lee.*) Señor representante, nos han vendido, me obligan à entregar á Verdun al Rey de Prusia, pero no sobreviviré á mi deshonra. Cuando recibais esta carta, Verdun estará en poder de los prusianos, y Beaurepaire habrá dejado de existir. Beaurepaire!... Gobernador de Verdun. (*pausa, durante la cual los aldeanos le miran con inquietud.*)

Ped. (*acercándose.*) Y bien, señor?

Mals. (*conmovido.*) Amigos mios, una desgracia, una gran desgracia!

Ped. Qué ha sucedido?

Mals. Se han apoderado de Verdun.

Ped. Y el gobernador?

Mals. Se habrá suicidado!.

Todos. Suicidado!...

Mals. Sí, suicidado antes que transigir con los traidores que han vendido la ciudad al enemigo.

Todos. Dios mio!...

Ped. Pero señor, Verdun solo dista seis leguas de aqui?

Mals. Tranquilizaos, amigos mios, no sois ciertamente vosotros los que mas deben temer en estas circunstancias, vuestras granjerias están un cuarto de legua de aqui, y fuera del camino real, ni el pueblo, ni esta quinta oculta entre los bosques de la Argona, pueden ser invadidos; ademas, no tengo como vosotros esposa é hijos?... La toma de una ciudad abre al enemigo franco paso para la Francia, pero no puedo convencerme de que los prusianos traten de forzar los desfiladeros de Argona... Imposible!... Dumorien á la cabeza del ejército impedirá su entrada. Kelman protegerá la retirada estendiendo su línea por la parte de Valmy. Y yo he sido nombrado por la asamblea para organizar en este pais los medios de defensa.

Ped. Y què debemos hacer?

Mals. Partir al momento à fin de cortar al enemigo la retirada, mostrándole de este modo que en vez de un ejército hay un pueblo entero dispuesto à batirse contra ellos, y por murallas los invencibles y denodados corazones de los que con ardor luchan por la santa causa de la libertad é independencia de su patria.

Ped. Y nuestras mugeres?

Mals. Vuestras mugeres, si el enemigo viene, que abandonen sus hogares, y que se retiren al interior del bosque; mi esposa, á quien no dudais amo con la mayor ternura, las acompañará. Combatamos frente á frente al enemigo, y sobre todo, union y disciplina.

Todos. Sí, si... Mueran los prusianos!...

Mals. Para esto, qué necesitamos? Valor y perseverancia, que el cielo es justo, y nuestra causa es santa. Voy á disponerlo todo. Pedro. Francisco, vosotros abrid las puertas de la quinta, y desde alli al bosque.

Todos. Al bosque, al bosque!... (*vanse todos con la madre Serafina que desaparece un momento por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

Constanza *que trae su hijo de la mano, sale de la habitacion de la derecha, luego la* madre Serafina.

Const. Que he escuchado, Dios mio!... Verdum en poder de los prusianos, tan cerca del enemigo!

Seraf. (*entrando.*) Que buen señor! Esto es lo que se llama una alma noble, que no es orgulloso, y si amante del pueblo. (*viendo á Constanza.*) Ah! señora, sabeis?...

Const. Si, Serafina, todo lo he oido, y quiero que mañana parta mi hijo à Châlons donde se encuentra la madre de mi esposo.

Seraf. Y porqué?

Const. Yo quiero quedarme con vosotros, con mi esposo, contigo, mi buena Serafina! pero à mi hijo debo libertarle hasta de la menor apariencia del peligro?

Seraf. Y á qué separaros de él?... Tal vez encontraremos un medio de que no se aparte de vuestro lado... Recordais la semana pasada que estuvieron aquì unos albañiles?

Const. Si.

Seraf. Pues bien, yo fuì quien los hice venir para arreglar un cuarto interior que tenia dispuesto para ocultar vuestro oro, diamantes

lo mas precioso que hubiera en la quinta.

CONST. Y qué?

SERAF. Que en esa habitacion hay una cama donde pudiera vuestro hijo...

CONST. Mi hijo en una habitacion!... (*reflexiona.*)

SERAF. Oh! No puede estar mas oculto... apuesto al mas guapo á que lo descubra. Solo Antonio y yo sabemos el secreto.

CONST. No, no... prefiero que parta mañana temprano; dura me será esta separacion, pero cuando se encuentre lejos de aqui, quedaré tranquila. Pero quién le acompañarà á Châlons?

SERAF. Yo sé de uno à quien podriais confiàrsele con toda seguridad, porque su afecto hàcia vos y vuestra familia data de mucho tiempo, es inherente en èl.

CONST. Antonio!... mi hermano de leche!...

SERAF. El mismo, y podeis estar segura que con él estaria como con su padre, porque Antonio ama à vuestro hijo, tanto como á vos y à vuestro esposo, que no es decir poco; pero el caso es que aun no ha vuelto de Clermont... y temo...

VOCES DENTRO. Aqui está, aqui está!

CONST. Qué ruido es ese?

SERAF. El es... mi hijo Antonio!...

ESCENA V.

DICHOS, ANTONIO *entrando por el foro con los aldeanos, luego* MALSANNE.

PED. Aqui está, madre Serafina, aqui está!

ANT. Si, yo soy, amigos mios...

SERAF. Antonio, querido hijo!... (*se abrazan.*)

ANT. Madre mia!... (*estrechando la mano á todos y en especial à Constanza*) Querida hermana, amigos mios. (*á Malsanne que entra.*) Ah! que feliz soy!...

MALS. Vamos, qué tienes, Antonio? Estas muy agitado.

ANT. No es para menos, señor Conde, crei no volveros à ver.

MALS. Por qué?

ANT. He visto muy de cerca á los prusianos.

MALS. Luego has estado en Verdun?

ANT. Vinieron á buscarme á las Isletas.

TODOS. A las Isletas!...

CONST. (*ap.*) Tan pronto!...

ANT. Vamos; por lo visto, vosotros no sabeis nada, ni habeis oido esta mañana el tiroteo?

TODOS. No.

ANT. Pues entonces traigo grandes noticias que contaros.

MALS. Di, di...

ANT. Imaginaos pues, que yo volvia tranquilamente de Clermont, donde dejé la harina que llevaba, cuando antes de penetrar en las Isletas, me dá tentacion de entrar en la venta nueva que hay alli á echar un trago, y tener un rato de palique. (*interrumpiéndose.*) Calla!.. ahora recuerdo que no bebì. (*Serafina hace un movimiento.*) No, dejadlo para luego, madre, no perderé nada por esperar. Pues señor, como ibamos diciendo, vuelvo la cabeza al entrar, y distingo á lo lejos como una gran nube de polvo.—Mirad alla bajo, dije à los que venian conmigo.—El viento no mete ese ruido, repuso Periquillo, y mientras tanto se aproximaba mas la nube, hasta el punto de estar como á tiro de fusil, entonces Periquillo que tiene una vista como un lince, esclama... Son los prusianos...

TODOS. Los prusianos!...

ANT. En aquel momento me acordé de vos, de mi hermana y de mi madre.

SERAF. Ven, dèjame te dé un abrazo. (*le abraza*)

ANT. (*con frialdad.*) Gracias, madre mia!... pero no habia remedio, y sin decir à la una, á las dos... doy vuelta á mi carreta, desenganchando el tiro y empujándola con los hombros, pataplum!... al suelo, lo esencial para cortar el camino, y esclamé, veremos como ahora pasais, señores prusianos.

TODOS. Bien, bien.

ANT. En un santi amen se reunieron allí mas de 300 personas armadas como pudieron, palos, picos, azadones, fusiles rotos, y otros buenos... en fin, que sé yo como diablos fué... Por de contado, Periquillo, Juan, Francisco, y yo que no me habia de quedar atrás, y cuando los prusianos llegaron gritando Hourra!! nosotros les contestamos cortesmente pata pum!... pum!... pum!... porque á esa gente es bueno tratarlos con finura.

TODOS. Bravo, Antonio, bravo.

ANT. Si, pero nosotros solo defendiamos un camino, y ellos que vieron eso dan media vuelta al otro lado, y se encajan en el pueblo al galope, saqueando y debastando á diestro y á siniestro todas las casas. Oh! entonces vi desde una ventana donde nos habiamos refugiado con Periquillo, una escena espantosa, de la que no podré olvidarme mientras viva.

TODOS. (*con ansiedad.*) Qué? Qué?

ANT. Ya sabeis donde vive Renè, la primera casa á la izquierda, entrando en el pueblo cerca de los Pozos?

TODOS. Si.

ANT. Pues bien: él estaba ausente y solo se hallaban en la casa, su anciana madre enferma, y dos hijos suyos. Un húsar negro que se apeó del caballo, habia entrado en la habitacion; no habiendo encontrado nada que robar, se apoderó de una manta que cubria la pobre enferma: la hija menor de René al ver esto, gritó à su hermano. «No se la dejes llevar, hermano mio, no se la dejes llevar.» Al oirlo, la infeliz criatura que tendrá la edad de vuestro hijo, se apoderó con todas sus fuerzas de una punta de la manta, dejándose arrastrar por el húsar que volviò á montar à caballo, y al partir viendo que el pobre niño no soltaba, le dió en el aire dos fuertes sacudidas...

CONST. (*dando un grito.*) Ah!... (*ap.*) Mónstruos!

ANT. Luego... no vi mas, porque cerré los ojos y oimos un grito penetrante.

TODOS. Qué horror!

CONST. (*estrechando á su hijo.*) Infames!...

ANT. Pero su muerte no tardó en vengarse: por todas partes venian gentes atraidas por el ruido del tiroteo, é instantaneamente los prusianos fueron batidos, y arrojados del pueblo, à escepcion de una veintena que se refugió en la iglesia, encerrándose allí; pero están sitiados, y ninguno escapará, Dios mediante. René está á la cabeza de los sitiadores, y ha ofrecido serán todos pasados á cuchillo.

Mals. Antonio, eso seria una crueldad!.. y es preciso que yo les haga comprender...

Const. Què vas á hacer?

Mals. Partir al momento á las Isletas. Pedro, pronto, mi caballo; tú tambien ensilla el tuyo, Antonio está fatigado, y tú me acompañarás.

Ped. Muy bien señor. (*vase.*)

Ant. Pero ya es tarde.

Mals. Nunca es tarde cuando se trata de salvar á unos desgraciados, evitando al propio tiempo un crímen á mis conciudadanos. (*á los aldeanos.*) Amigos mios, á mi regreso confio traeros buenas nuevas; ya lo habeis oido, el enemigo ha sido batido; esta noche podeis sin temor descansar, pero mañana al amanecer al bosque sin perder un momento, y si alguno de vosotros le sobreviniese algun daño, acudid pronto aqui y tocad esa campana. No olvideis que el punto de reunion es mi casa. Antonio, antes de partir dá de beber á estas buenas gentes.

Aldeanos. Viva nuestro amo! Viva el señor de Malsanne! (*vanse todos con Antonio, Constanza se sienta en un banco que habrà al lado de la escalera*)

ESCENA VI.

Malsanne, Constanza *llorando*.

Mals. Y bien, querida Constanza, por què te afliges?...

Const. Vamos á separarnos.

Mals. Solo por algunas horas; al despuntar el dia de mañana estaré de vuelta.

Cons. No importa, me estremezco...

Mal. Qué motivo?

Cons. La ignoro, pero esa guerra tan próxima á nosotros, el peligro de una invasion que sin cesar nos amenaza, la revelacion de Antonio, y despues esta partida inesperada, de noche... Jorge... si no te volviera á ver... (*llorando.*)

Mal. Constanza.

Cons. Tiemblo al pensar.

Mal. La esposa de un representante!... Vamos, tranquilizate, ten valor y perseverancia, como siempre has tenido. Dentro de media hora me encontraré en las Isletas, el camino está ahora espedito, y no corro ningun peligro; el enemigo no se atreverá á penetrar en estos bosques, que no conoce, y cuya derrota seria irremediable.

Cons. Yo no trato de impedirte que cumplas con tu deber, pero te ruego que no pases adelante; reflexiona que tienes una muger é hijo.

Mal. Y què? No sois vosotros mi ùnico pensamiento?... (*cogiendo su hijo.*) Hijo querido!... Si tengo un noble orgullo en representar à mis conciudadanos, es solo por èl, para que cuando deje de existir, puedan decir, miradle, ese es el hijo del que en otro tiempo defendiò nuestros derechos, y nuestra libertad, del que combatió en nuestras filas contra los opresores de nuestra patria.

ESCENA VII.

Dichos, Antonio, Pedro, la Madre Serafina, *todos los aldeanos.*

Ant. Señor, ya estàn ensillados los caballos.

Mal. (*mientras le ponen la capa de viage.*) Vamos pronto... (*tratando de marcharse.*)

Cons. Jorge!... Jorge!...

Mal. Y bien, qué quieres?

Cons. Volveràs pronto?

Mal. Al rayar el dia, mas bien antes que despues... pero tú, retirate á descansar.. (*pausa.*) Lo quiero.

Cons. Sì, si no tardas mucho.

Mal. Te lo ofrezco, adios.

Aldeanos. El cielo os traiga con bien, señor.

Mal. Gracias, amigos, gracias.

ESCENA VIII.

Constanza, *sentada y teniendo á su hijo que se ha dormido;* la Madre Serafina.

Cons. Partió!... Por qué este temor me oprime el corazon?... Paréceme que un poder invisible, un hado fatal de desgracias nos ha separado para siempre... y luego, esa espantosa relacion de Antonio... esa infeliz criatura, no se me aparta un momento de la imaginacion. Pero las Isletas distan solo dos leguas de aqui, si viniese el enemigo, si mi hijo... Oh! mañana ya no seria tiempo.

Seraf. Señora!...

Cons. Ese cuarto de que me has hablado...

Seraf. Está dispuesto.

Cons. Vamos, vamos, condúceme á allà, y salvemos mi hijo!..

(*entran con prontitud por la izquierda.*)

ESCENA IX.

Antonio, *entra corriendo por el foro, luego* Constanza.

Ant. Ya están bien lejos! A fé mia, fuerza es confesar que nuestro amo es un hombre de bien á carta cabal; salir ahora de noche, y por quién? por cuatro perros Prusianos... y con la tempestad que amenaza!... que no va à ser floja... Al fin un buen liberal... Oh! bien le conozco, los salvará; si... los salvará!... Truenos! (*se oyen truenos lejanos.*)

Cons. (*saliendo.*) Qué horrible noche!... Duerme, hijo mio, duerme en tanto que los horrores de la tempestad y de la guerra amenazan tus dias, pero confio que Dios es bueno, y se apiadará de tu infeliz madre. Antonio, cierra bien todas las puertas.

Ant. Descuidad. (*dirigiéndose á cerrar la puerta del fondo.*) Bah! bah! Dentro de media hora estarán en las Isletas; ademas, para que sucediese una desgracia á mi querido amo, era menester que alli no hubiese nadie.— Antes de acostarme voy á ver si mi madre necesita algo. (*se dirige á la izquierda.*)

Cons. Mañana muy temprano, ven á mi cuarto, tengo que pedirte un favor.

ANT. No faltaré.
CONS. Buenas noches, voy á tratar de descansar un momento.

ESCENA X.

ANTONIO *solo.*

Un momento de reposo! Pobre señora, estando el amo fuera, va á pasar la noche orando... Esta si que es una santa, tan buena, tan amable, que ama á mi madre, y la cuida cual si fuera la suya propia. Bien mirado, viene á ser lo mismo, porque la ha criado, y prueba de ello que yo soy su hermano de leche, y esto vale algo... Si señor, la amistad. (*se oye un trueno grande, y Antonio se santigua espantado.*) Brr!... como truena... y que gotas tan grandes caen... voy... voy... (*vase por la izquierda.*)

ESCENA XI.

(*La tempestad se aumenta. La ventana que dà al bosque se abre con ímpetu.* KROMSPER, *asoma la cabeza y observa la escena, viendo que no hay nadie salta por ella seguido por Worms y otros dos Húsares de la muerte. Andan á tientas, pero Kromsper viendo una luz que brilla al través de la cerradura de la puerta de la izquierda, se dirige á mirar por ella,* WORMS *y los otros dos se detienen y escuchan.*)

KRO. Silencio!: Una vieja y un jóven.
WORMS. (*por la derecha.*) Por aqui nada.
KRO. Todo está cerrado... somos los amos; la casa parece buena; situada en medio del bosque, por todas partes aislada, bien podemos detenernos aqui algunas horas sin el menor recelo.
WORMS. Tanto mejor, pues no las tengo todas conmigo.
KRO. Cobarde, siempre temblando.
WORMS. Escucha hombre, despues de la caza que nos han dado esos malditos...
KRO. Qué?...
WORMS. Ese pajar que prendiste fuego al huir.
KRO. (*brutalmente.*) Por qué nos dieron leche cortada?
WORMS. Y aquella criatura?...
KRO. Por qué no soltò la manta que tan buen servicio presta á mi caballo? Pero silencio, alguien viene. (*se oculta Kroms por detras del pilar.*)

ESCENA XII.

Dichos, ANTONIO, *con una linterna en la mano sale por la derecha.*

ANT. Está bien, madre, está bien... Es muy singular, todo se lo quiere hacer; pues no empezó á reñirme porque quise ayudarla á encender la lumbre..! Necesitas descansar, me dijo, estás muy fatigado... el cansancio; ahora que los he visto á todos no pienso en él. (*arrecia la tempestad.*) Hola!/! hola!.... la tempestad crece á las mil maravillas, y vamos á tener agua por algun tiempo.
KRO (*dándole en el hombro.*) Ciertamente, camarada. (*Antonio se vuelve asustado.*)
WORMS. (*tocándole por el otro lado.*) Y por eso hemos entrado.
ANT. Y por donde, si la puerta estaba cerrada?...
KRO. Por la ventana.
ANT. Ah! ya, perdonad... no hay que incomodarse por eso...
KRO. Menos conversacion, y danos de cenar.
ANT. (*ap.*) Son los húsares negros de esta mañana.
KRO. (*con rudeza.*) Vamos, la cena.
ANT. Os voy á servir al momento... (*se sienta.*) Pues señores, no hay nada...
KRO. Nada!
ANT. Nada mas que tocino rancio, y galleta. (*ap.*) Si con esto pudiera ahogarlos!
KRO. Traenos de beber.
ANT. Oh! lo que es eso, no os faltará; el pozo es bastante ondo... tiene un agua escelente.
KRO. Nosotros te haremos encontrar vino con la hoja de nuestros sables.
ANT. Es vino lo que quereis?... tambien lo hay, pero no muy bueno, del pais.
KRO. (*con frialdad.*) Eso te lo diremos despues de probarlo; vamos, tràelo pronto.
ANT. (*levantándose con lentitud.*) Ya voy, ya voy!...
KRO. Dónde entramos?
ANT. Al comedor.
KRO. (*desconfiando.*) No nos engañas?
ANT. Miradlo. (*abre la puerta de la izquierda.*)
KRO. (*mirando con recelo.*) A dònde dá la puerta aquella?...
ANT. Al patio de la quinta, frente las cuadras.
KRO. No me desagrada, asi veremos lo que pasa por fuera, y echaremos un vistazo à nuestros caballos, que llevarás ahora mismo á la cuadra, lo oyes? que nada les falte...
ANT. (*con intencion.*) Estarán servidos, lo mismo que vosotros, cuidamos aqui mucho á los animales.
KRO. (*amenazándole.*) Anda pronto, y despacha.
WORMS. (*empujándole.*) O sino... (*señala cortarle la cabeza.*) Entiendes?
ANT. (*volviendo.*) Perfectamente! (*movimiento de sorpresa.*) Toma! Toma!...
WORMS. Qué tienes que mirarme?
ANT. Yo!..: porque me pareceis buen mozo!... (*ap.*) Yo que le contaba con los difuntos!.... (*vanse por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

CONSTANZA, *saliendo de la casa.*

Nadie!... me pareció que hablaban aqui hace un momento... á la puerta de la quinta, y que el ruido de los caballos... Habrá vuelto Jorge?... No puede ser otro que él... Oh! si él es!... habrá encontrado en el camino al portador de algun mensage que inutilice su viage, y se habrá vuelto... distingo una luz en las cuadras... es Jorge!... Ah! que feliz soy ahora que está á mi lado.

ESCENA XIV.

CONSTANZA, ANTONIO.

ANT. (*sale colérico y dice á la puerta.*) Servidlos de beber, si quereis, lo que es yo no soy criado de los prusianos.
CONS. Los prusianos!...
ANT. En cuerpo y alma. Al principio vinieron cuatro, y despues diez...
CONS. Dios mio!...
ANT. Y tan feos!... sobre todo uno con el cabello rojo, todo salpicado en sangre, le llallan *el matador.*
VOCES DENTRO. Vino! vino!.
ANT. (*encolerizándose.*) Estamos frescos, y mi madre les ha dado cuanto teniamos en casa.
CONS. Antonio, amigo mio, cálmate.
ANT. Calmarme, con semejantes bribones, no señora, no...
CONS. Pero Antonio, mi hijo está allí.
ANT. Vuestro hijo!
CONS. En el cuarto interior.
ANT. Qué imprudencia!
CONS. Imprudencia dices?...
ANT. (*con calma afectada.*) Es decir, no... soy un necio... no... no hay el menor peligro... al contrario...
CONS. Con todo, antes decias?...
ANT. Una barbaridad!. No habeis ocultado allí lo mas precioso que teneis!... vuestro oro! vuestras alhajas!... ah! descuidad, está bien seguro, apostaria una cosa buena á que no daban con la puerta.
CONS. Y si le oyeran...?
ANT. Imposible!. Una pared maestra de piedra de silleria... Bah!... no ha sido mala idea el ocultarle en ese sitio... es el parage mas seguro de la casa, y no hay el menor peligro. Ademas, yo estaré allí, voy á llevarles ahora el vino que piden.
CONS. Si, dales cuanto pidan y no los irrites.
ANT. (*sombriamente.*) Tranquilizaos, no me quisiera engañar, pero cuando entré en la cuadra vi sobre un caballo... (*á media voz.*) la manta...
CONS. Dios mio!...
ANT. Oh!... al recordar que ese asesino estaba entre ellos, tuve intenciones...
CONS. Antonio... mi hijo, mi hijo!
ANT. (*con frialdad.*) Ahora ya es otra cosa, únicamente pienso en él, y en vos.
CONS. Al menos por nosotros, ten prudencia.
ANT. Voy á llevarles el vino.
VOCES DENTRO. (Vino! vino!...)
ANT. Allá voy! allá voy!. Señores prusianos... (*se marcha.*)
(*Se oye dentro chocar los vasos entre el ruido y la algazara. Constanza escucha con temor, cuando cesa el ruido, vuelve al proscenio.*)

ESCENA XV.

CONSTANZA, *alejándose del cuarto de la izquierda con terror.*

Agradezco al cielo se encuentre Jorge ausente; los hombres no saben contenerse, y todo lo perderiamos. Pero y el Matador?... Qué nombre mas espantoso!... Tiemblo á pesar mio, y Antonio que no vuelve!... cada minuto que transcurre es mi muerte... Horrible es por cierto tan cruel incertidumbre!... (*Gritos dentro; Antonio cierra la puerta tras él con violencia.*)

ESCENA XVI.

CONSTANZA, ANTONIO.

ANT. Miserables!.
CONS. Y mi hijo, Antonio?
ANT. Vuestro hijo?. Ah si, nada temais, no corre ningun riesgo, yo soy un solemne bruto en asustaros de este modo.
CONS. No me prometiste, Antonio...
ANT. Es verdad, pero ya se vé! quisieron ofender á mi madre...
CONS. A tu madre!
ANT. Porque no les ha querido dar champagne; uno de ellos levantó el sable... y yo me interpuse...
CONS. Dios mio!
ANT. No ha sido nada, mi madre se ha librado, y yo voy á buscar el vino, que vino es lo que quieren.
CONS. Si... si... llévalo pronto... vé por las llaves de la cueva... no,.. espérame, yo misma iré. (*ruido de un espejo que rompen, Antonio mira por la puerta.*) Qué ruido ese?
ANT. Nos han roto el mejor espejo... pero....
CONS. (*deteniéndole.*) Cálmate en nombre del cielo; tú no querrás asesinarme, no es cierto? Pues bien, baja á la cueva... y allí... Antonio, no me entiendes?...
ANT. Si... allá voy! pero... (*mirando por la derecha.*) Mucho será que no haga un disparate.
(*Se oye cantar dentro hasta que se marcha Antonio.*)

ESCENA XVII.

CONSTANZA, *luego* LA MADRE SERAFINA.

CONS. Dios mio! qué vá á ser de nosotros?....
SERAF. Señora! señora!...
CONS. Qué ocurre? qué tienes?
SERAF. Dicen que van á pegar fuego á la quinta.
CONS. Fuego!. Y mi hijo! mi hijo!... (*entra por la derecha, Antonio aparece á la puerta de la cuadra, pausa.*)

ESCENA XVIII.

ANTONIO, MADRE SERAFINA.

ANT. Quién ha gritado, madre?
SERAF. Nadie, es la señora que ha ido...
ANT. (*dejando caer la cesta.*) Dónde?..
SERAF. A hablar á esos infames.
ANT. (*corriendo.*) Cielos!...
SERAF. (*deteniéndole.*) Querian incendiar la casa, pero ella les hará entrar en razon.
ANT. Silencio!... (*escucha por la cerradura de la puerta.*) Está hablando.... la prestan atencion... Dios mio!... me he engañado? (*rumor*

sordo.) La insultan, la maltratan!.., Oh! corramos!... *(rechaza á su madre y quiere abrir la puerta.)* Cerrada!... Miserables!... Ah!.... el fusil del amo!... *(corre á la derecha.)*

SERAF. Dónde vas?

ANT. A salvarla, ó perecer en la demanda. *(vase corriendo por la izquierda.)*

SERAF. *(cayendo de rodillas.)* Señor de las alturas compadeceos de nosotros!... Ah! el campanario!... corramos!

(El ruido se aumenta dentro; óyense gritos ahogados. Socorro! socorro! Abrese en este momento la puerta con estrépito, Constanza sale pálida, con los cabellos desordenados, y se dirige á la escalera.)

ESCENA XIX.

CONSTANZA *luego el* MATADOR.

CONS. Socorro!.. socorro!... Monstruo. *(llorando.)* Y mi hijo!... mi pobre hijo!... *(Sale el Matador.)* Tiembla, bandido, soy la esposa del representante!...

MAT. Si... tanto mejor.... ahora ya eres mia.... *(Se precipita sobre Constanza, que se ase fuertemente á la escalera.)*

CONS. Ah!... prefiero mejor la muerte.

MAT. No te has de librar... *(La coge por un brazo.)*

ESCENA XX.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. *(viene armado con un fusil.)* Infame, suelta á esa muger. *(Le tira y no le acierta. Constanza corre á Antonio, y cae á sus pies.)*

MAT. *(á los prusianos que salen.)* Atad fuertemente ese miserable á este poste ... por torpe le condeno á que muera abrasado...

CONS. Ah!... piedad!... socorro!... socorro!... *(se oye tocar á rebato.)*

MAT. La campana!... Huyamos, y que las llamas no dejen vestigio de esta quinta.

CONS. Mi hijo, mi hijo!...

El Matador desaparece con ella, los prusianos que han atado á Antonio se marchan: Kronsper al retirarse ve á Serafina que aparece en la escena, y la dá una cuchillada.)

SERF. *(herida.)* Ah! *(cae al pié de la escalera.)*

ESCENA XXI.

ANTONIO, LA MADRE SERAFINA.

ANT. *(atado al pilar.)* Qué oigo!... ese grito me ha conmovido!.... Dónde está mi madre?... Madre mia!...

SERAF. Antonio!... hijo mio!...

ANT. Mi madre herida.... y no poder.... *(desasiendose con furor.)* Oh rabia!...

SERAF. Socorro! Antonio!... yo muero!... *(cae.)*

ANT. *(llorando.)* Madre mia!... No responde.... Dios mio!... la han asesinado.... oh!... verla á mis pies y no poder socorrerla... *(mirando á la izquierda.)* Qué veo?.. *(El incendio va tomando cuerpo por el costado de la quinta donde está el niño.)* Fuego.... y su hijo!... su hijo!...

CONS. *(en la altura del fondo, llevada por los prusianos.)* Antonio, Antonio, salva mi hijo!...

ANT. Dios mio!.. mi hermana tambien... Miserables!.. oh! *(Con la mayor energía.)* Yo sin venganza. Dios mio, sin venganza!...



ACTO PRIMERO.

ERNESTO SERMET, *Coronel de Húsares.*
EMILIO LESCAT, *Capitan.*
SERAFIN, (ANTONIO.)
MOSCARDON.
EL CONDE DE RUTNER.
LA CONDESA DE RUTNER.
MADAMA MARGARITA.
CARLOTA, *y*
CLARA, *Hijas del Conde.*
FRANTZ.
KARL, *Conserge del castillo.*
Un criado, una jóven, oficiales, Húsares.

La accion es en Prusia, año 1813 en el castillo de Rutner.

Sala interior del castillo de Rutner, que se supone en el primer piso, mesa, piano, dos puertas laterales á la derecha, otra á la izquierda del foro.

ESCENA I.

EL CONDE DE RUTNER, *la* CONDESA, CLARA *y* CARLOTA. *El Conde está leyendo al lado de la chimenea, la Condesa trabajando, Clara y Carlota al piano.*

RUT. *(ap.)* Lo hubiera apostado, esta amnistia concedida por las potencias estrangeras á la Francia el 4 de Junio, era solo un ardid de guerra. Ayer 10 de Agosto de 1812, espiraron las tregüas del enemigo... *(sonrie.)* y las hostilidades vuelven á empezar. Se ha reorganizado el regimiento de Húsares de la Muerte, olvidándose de mi, de Rutner!...... No, no me han olvidado!... es una desgracia que demasiado la comprendo... Pueblo!...... imbécil pueblo, derrama tu sangre por servir á tu Rey!. *(tira el periódico, paséase, durante lo cual, óyese tocar el piano.)* Tratais que esa música dure mucho tiempo?...

COND. *(con dulzura.)* Es la hora del estudio.

RUT. Piano!... bello entretenimiento por cierto para las hijas de un hombre que durante su vida no ha resonado en su oido otro eco que el de la trompeta y el tambor.

COND. Pero...

RUT. Que se vayan á otra parte á tocar ese cencerro.

CLARA. *(levantándose.)* Cencerro decis!... Un piano de Herold, el mejor constructor francès?

RUT. *(levantándose con furor.)* No me impacienteis mas, pues si me fuera dable, arrojaria al fuego al piano y á todos los constructores franceses...

Cond. Señor!. (*las dos jóvenes se van aterradas.*)

ESCENA II.

Rutner, *la* Condesa.

Rut. (*sentándose.*) Franceses!... Continuamente me están atormentando con ese nombre, y por vida mia que es un nombre que detesto. (*viendo que la Condesa se pone el sombrero.*) Vais á salir, señora?

Cond. A la ciudad.

Rut. Y á qué?...

Cond. A visitar los pobres.

Rut. (*brutalmente.*) Placer agradable es por cierto ver unos vagabundos.

Cond. Las oraciones de los desgraciados penetran en la mansion eternal...

Rut. Dónde está Frantz?...

Cond. Ha ido al correo.

Rut. Ese criado so pretesto de haberos visto nacer, cree que todo le es permitido, sale cuando le acomoda... A la verdad que en esto no hace mas que seguir el ejemplo de todos vosotros; siempre estoy solo y aislado en el castillo.

Cond. (*dejando el sombrero.*) Ya no saldré.

Rut. (*dirigiéndose á la chimenea.*) Me es del todo indiferente.

Cond. En vano procuro adivinar la causa de vuestras impertinencias. ¿No sois poderoso?.. El Rey de Prusia, para premiar vuestros servicios, no os ha hecho donacion de este castillo, con una pension...

Rut. (*con amargura.*) Si, me pensionó, relevándome del mando del regimiento.

Cond. Como se espera la paz...

Rut. La paz!. La paz con los franceses!. No conociais que esa suspension de hostilidades era para adormecer al Emperador, y prepararnos á la liza! Creereis todavia en la paz, ahora que nuestras tropas están frente al campamento enemigo? Han reorganizado el regimiento, y yo no he sido nombrado para mandarle. (*sonriéndose.*) No se han apercibido de la ventajosa posicion de mi castillo: que me den algunas compañías é intercepto el paso á los franceses... que me envien solo hombres y armas, ya les proveeré de municiones y sostendré un largo y reñido sitio.

Cond. 20 años de guerra no han satisfecho vuestro ardor?

Rut. Dedid mas, señora, mi ódio, un ódio mortal, implacable que me enciende la sangre. Habeis olvidado que los franceses asesinaron cruelmente á mi sobrino, un jóven de 20 años que hubiera sido el heredero de mi nombre, y mis títulos, puesto que el cielo no me habia concedido mas que hijas... Ademas, no hay corazones que esperimentan una realidad de amor?... pues bien, yo necesito ódio por ódio... tengo un corazon ardiente, y gracias al cielo he encontrado un pueblo enemigo sobre quien descargar todo el peso de esta pasion, y todavia no ha decaido este ódio de su terrible poder.

Cond. Pero despues de una vida tan agitada, me parece que una retirada gloriosa...

Rut. Oh! no por cierto... es preciso que concluya como empezó, agitacion! combates.... Algunos graduan su existencia con ciertos pensamientos que quieren ver realizados; yo reunir cierto capital, casar mis hijas, y no moriré contento hasta que vea la Francia, y su Emperadór, reducido á cenizas. Mientras tenga un soplo de vida, combatiré contra los franceses... ahora, marchaos y dejadme solo.

Cond. Pero no deciais?...

Rut. No habeis oido que quiere estar solo?

Cond. Obedezco. (*vase.*)

ESCENA III.

Rutner, *solo.*

Si, quiero estar solo, porque asi al menos podré dar espansion á mi ódio, y ocuparme de los medios de satisfacerle. (*se sienta.*) Has reusado mis servicios, gobierno ingrato! pues bien, yo pelearé por mi, y todavia oireis hablar del Matador. Cerca de aqui estoy organizando clandestinamente un numeroso cuerpo de partidarios, gente determinada, que nada tienen que perder, antiguos húsares de la muerte, muy valientes, cuyos servicios desatendió el gobierno, como ha desatendido los mios. En nuestra primera reunion, en las ruinas del antiguo castillo de Riskiberg, acudieron mas de 500 á mi llamamiento; he sido nombrado gefe por unanimidad, y me han jurado obediencia ciega. A la primera señal del rompimiento de hostilidades, vienen á buscarme, y me pondré á su cabeza. Desgraciado entonces del que caiga en mi poder... (*se abre la puerta del foro.*) Pero quién vá?...

ESCENA IV.

Rutner, Frantz.

Fra. (*temblando.*) Soy yo, señor Conde. (*deja al entrar un paquete sobre la mesa.*)

Rut. Cuando se os necesita estais fuera, y ahora entrais sin llamaros.

Fra. Me han enviado las señoritas á la ciudad á recoger este paquete. (*le manda salir.*) *Frantz adelantándose.*) Perdonad, señor Conde, pero al propio tiempo que entraba por el estremo opuesto del parque, un hombre embozado con una larga capa, á quien no he podido reconocer, se acercó á mi; y me dijo. Tú eres Frantz, criado del Conde de Rutner, pues bien, entrégale esta carta sin pérdida de momento.

Rut. Veamos! La letra de Mackvritk!. Habrá llegado la hora? (*lee.*) «La vanguardia francesa está á 6 leguas de aqui;» 6 leguas!... (*lee.*) «Nos encontramos dispuestos, acordaos de vuestra promesa.» (*ap.*) la cumpliré, mis valientes!. (*alto.*) Frantz, mi caballo.

Fra. Vais á partir, señor Conde?...

Rut. Inmediatamente.

Fra. Pero la señora Condesa ignora...

Rut. Se lo participareis cuando vuelva.

Fra. Pero, señor Conde...

Rut. Mi caballo! pronto, mi caballo. Ah! señores franceses, no me harè aguardar mucho tiempo. (*vase seguido de Frantz.*)

ESCENA V.

Carlota, Clara.

Cla. (*entreabre la puerta despacio y mira á todos lados.*) Carlota, ya se ha marchado.

Car. Tampoco Frantz está aqui.

Cla. Pues Karl me ha dicho que le ha visto entrar y dirigirse hácia aqui con un paquete bajo del brazo.

Car. Sin duda son las telas que le mandaron traer.

Cla. Con tal que no se las haya enseñado á Papá; telas francesas..! era capaz de quemarlas, como ha dicho que iba á hacer con el piano... mucho lo sentiria, pero Papá no tiene òdios... Qué hay sobre esa mesa?

Car. Un paquete con ròtulo para nosotros, (*con alegría.*) ah! querida hermana!... son nuestros vestidos.

Cla. (*desenvolviendo el paquete.*) Qué telas tan lindas!. Què bien trabajan en Francia!

Car. Qué lástima que nos hagan tanta guerra.

Cla. Y tan pocos vestidos!

Car. El papel en que venian envueltos es un periòdico.

Cla. Un periòdico francés es muy raro en Prusia.

Car. Sabes lo que debemos hacer? Guardarle para dàrsele á la pobre Margarita la primera vez que vayamos á verla.

Cla. Bella idea: un periódico á una ciega cuyo lazarillo no sabe el francés... eso seria afligirla.

Car. Entonces le guardaremos para leérsele cuando la veamos.

Cla. Tarde será, pero mira; un dia nos hemos de escapar para verla.

Car. Eso seria muy mal hecho... pero, oh! calla (*lee.*) Noticias de Paris!... mira cuantos teatros!

Cla. A ver! (*volviendo la hoja.*) Noticias del Ejército... Ah! Carlotita! qué me darás si te leo una cosa que te agrada mucho? Me dejarás escoger el vestido la primera?

Car. Si.

Cla. Pues escucha. (*lee.*) «Un jóven oficial francés que en los baños de Aix-La-Chapelle supo agradar á la señorita Carlota Rutner.....

Car. Eso no es cierto.

Cla. (*sin atender.*) Y á quien la señora Condesa de Rutner hubiera aceptado gustosa por yerno, á no ser por el ódio implacable que su marido profesa á todo francés...

Car. No seas fastidiosa, y dime la verdad.

Cla. Hasta aqui he sido yo. Ahora atiende lo que dice el periòdico. «El bizarro caballero Emilio Lescat acaba de ser nombrado capitan del regimiento de Húsares que manda el coronel Ernesto Sermet.»

Car. Hablas de veras?

Cla. Miralo.

Car. A ver, á ver; nunca he visto su nombre escrito; pero quien se ha de atrever á pronunciar semejante nombre delante de Papá!

Cla. Quien sabe, la paz puede asegurarse definitivamente y...

Car. Desgraciadamente no será asi... Escucha ahora. (*lee.*) «A pesar de lo mucho que hemos clamado por la paz, debemos confesar que las hostilidades no tardarán en romperse. Anunciamos con el mayor sentimiento, que el Rey de Prusia ha autorizado la reorganizacion de un regimiento de Húsares de la muerte: con todo, podemos felicitarnos que ha desechado la triste celebridad del Conde de Rutner, al nombrar el gefe de aquellos bandidos».

Cla. Dios mio, qué es esto?...

Car. Yo tiemblo!

Cla. Pero Mamá viene, oculta ese periódico.

ESCENA VI.

Dichos, la Condesa.

Car. (*corriendo á ella.*) Mamá, que turbada estais, qué teneis?...

Cond. Es que Frantz acaba de anunciarme la inesperada marcha de vuestro padre.

Car. Por mucho tiempo?

Cla. No lo sé, ni puedo comprender; ademas, he notado en la ciudad cierta inquietud, he querido saber la causa, y me han respondido vagamente. Se habla de un encuentro que deben tener hoy las tropas francesas con las nuestras.

Car. Dios mio!. Se habrán batido.

Cla. Pero ha llegado el correo?

Cond. No, no hay nada cierto; son voces que corren y se propalan sin saber de donde han salido, ni qué fundamento tienen. Se dice que los nuestros han sido derrotados: no he querido permanecer por mas tiempo en esta cruel incertidumbre, y he enviado á Frantz á que me averigue... (*se oye dentro ruido.*)

Car. Qué ruido, Mamá; Frantz no puede estar aun de vuelta... (*Frantz abre la puerta.*)

Cla. El es.

ESCENA VII.

Dichos, Frantz.

Cond. Qué ocurre, Frantz, tan pronto?

Fra. Es que, señora Condesa, no he llegado al camino real. Marché con Karl, pero á alguna distancia de aqui, vimos correr hácia nosotros dos figuras blancas, los dos nos sorprendimos algun tanto; sin embargo, proseguimos adelante, hasta que nos encontramos con dos mugeres.

Cond. Dos mugeres solas?...

Fra. Si señora. Eran la señora Margarita, y la jòven que la acompaña.

Car. La señora Margarita!...

Cla. Dónde se dirigian?...

Fra. Aqui.

Cond. Fuerza es que alguna causa muy poderosa...

Fra. Me ha dicho la jòven que va con ella, que desde esta mañana tiene una agitacion que raya en delirio, y cuando supo que yo me encontraba á su lado, esclamó, ampa-

radme!... amparadme!

Cond. Qué será, Dios mio?...

Fra. No me ha dado tiempo para preguntarla nada. Asi es que he dejado á Karl que siguiera su camino, y yo me he apresurado á perticiparos este suceso. La señora Margarita espera abajo.

Cla. Qué felicidad, Carlota!... vamos á verla.

Car. Corramos á buscarla.

Fra. Aqui está.

(*Margarita llega guiada por una jóven. La Condesa y sus hijas salen á recibirla á la puerta, vuelven al proscenio conduciéndola entre ellas; y Frantz al retirarse se lleva la jóven.*)

ESCENA VIII.

La Condesa, Carlota, Clara, Margarita.

Mar. Amparadme, amparadme!

Cond. Tranquilizaos.

Cla. Nada teneis que temer.

Mar. Ah! por piedad, dadme un asilo, un asilo...

Cond. No os apartareis de nuestro lado, aqui permanecereis, mientras mi esposo esté ausente. (*la hace sentar.*)

Cla. Y ademas, nuestro padre ha sido Coronel, y en un caso necesario no faltarian tropas que nos protegieran.

Mar. Pobre señora!... pobres niñas!... Los militares defienden las poblaciones que guarnecen, cuando tienen posiciones ventajosas para herir á mansalva y satisfacer sus odiosas venganzas... de las mugeres se burlan impunemente porque estamos condenadas por el cielo á llorar y sufrir. ¿No poseia yo un castillo, un esposo valiente, pronto á arrostrar la muerte por su muger è hijo...... pues bien, la guerra invadió nuestros hogares, y seis meses despues, yo francesa, jóven, hermosa y rica como vosotras, amables niñas, desperté como de un terrible ensueño en un pais estraño; ya no era mas que una pobre mendiga, á quien la habian arrebatado todo: el amor de los suyos... la patria y hasta la luz del cielo..

Cond. Dios mio!

Cla. Y vuestra familia?

Car. Vuestro esposo, vuestro hijo?

Mar. Apenas restablecida, mi primer cuidado fué escribir á Francia. ¡Vana esperanza! enferma y moribunda no me èra posible abandonar esta tierra enemiga, esta tierra aborrecible, donde fui arrastrada violentamente; pero en fin, mi bienhechora envió un hombre de su confianza, quien con peligro de su vida, porque aun duraba la guerra, atravesó el pais, los ejércitos, penetró en fin en Francia, y despues de un año...

Cla. Volvió!...

Mar. Si, pero solo.

Cond. Solo!...

Mar. Me habia quedado sola en el mundo. Habian desaparecido desde aquel dia fatal, que me arrebataron de su lado, prendiendo fuego á nuestra casa, y no dejando ni rastro siquiera de ella. Le buscaron por todas partes inútilmente; no se encontró el nombre de mi esposo!... (*llora.*) Pobre Jorge!... trataria de vengar su afrenta, y le asesinaron cruelmente. Y mi hijo!... mi pobre hijo!... huérfano, abandonado, sin un asilo donde guarecerse... (*levantándose y con voz sombria.*) O tal vez presa de las llamas....... Oh no, no... el cielo no lo habrá consentido... (*llora.*)

Cond. Cuántas desgracias, hijas mias!...

Mar. (*escuchando.*) No ois?...

Cond. No, nada.

Mar. Si, yo lo oigo perfectamente... el galope de los caballos... silencio! (*escuchando, indicando hácia la puerta*). Què horror!... van á escape... la sed de sangre los impele!... ya están en el camino... ya no los oigo!... (*con temblor.*) Si viniesen aqui....

Cond. Me estremeceis.

Carlota y Clara. (*arrojándose en los brazos de su madre.*) Madre mia.

Mar. (*cayendo de rodillas.*) Dios mio!.... nada os pido por mi, pero apiadaos de esa infeliz madre, y esas candorosas niñas!... No ignorais cuanto me insultaron... les amenacé, y me dejaron ciega.

Car. Qué horror!...

Mar. Si, os lo suplico de rodillas, que mis sufrimientos valgan para ellas que tanto me han consolado en mi desgracia. (*la rodean y la levantan.*)

ESCENA IX.

Dichos, Frantz *que entra apresurado.*

Fra. Señora!

Mar. Ahí están.

Cond. No, querida. Es Frantz que viene á tomar mis órdenes. (*las jóvenes hacen señas á Frantz de callar; este por su parte indica tiene que hablarlas, y que es necesario alejar á Margarita. Escena de terror*)

Cond. (*á Margarita.*) Necesitais descansar, querida. Clara os acompañará á la habitacion inmediata, nosotras no nos separaremos mucho de aquí, y cuando nos retiremos, Frantz pasará la noche en este salon, y si le necesitais podeis llamarle.

Mar. Gracias, gracias por vuestra generosa hospitalidad.

Cla. Venid conmigo, yo os guiaré. (*Clara la dá el brazo, y vase con ella.*)

ESCENA X.

La Condesa, Carlota, Frantz.

(*Luego que desaparece Margarita se dirige prontamente á Frantz.*)

Cond. Hablad.

Car. Qué sucede?

Fra. (*en voz baja, y muy de prisa.*) Señora, ahi están.

Cond. Quién?

Fra. Los franceses.

Cond. Los franceses aqui!.... Y nuestras tropas?

Fra. Vencidas, derrotadas, y las enemigas á la reja del parque.

ESCENA XI.

Dichos, Moscardon, *luego* Antonio, *Húsares.*

Mos. (*dándole en el hombro.*) Algo mas cerca, si es que no mandas otra cosa.

Ant. (*en el fondo.*) Silencio!

Mos. Callaremos. (*las dos mugeres y Frantz se retiran aterradas.*)

Ant. (*adelantándose.*) El dueño de la casa?

Cond. Estamos solas.

Ant. Tanto peor.

Mos. Este si que ha sacudido á los prusianos, voto á cribas.

Ant. (*á la Condesa.*) Es á vos á quien debo dirigirme, señora?

Cond. Sin duda.

Ant. Escuchad la órden del dia. El enemigo ha sido rechazado hasta mas allá del puente.

Mos. (*á Frantz.*) Es menester confesar que han gastado mas zapatos que cartuchos.

Ant. Se ha dado la órden de alojarnos en este pueblo, y este castillo ha sido elegido por mi Coronel, para él y su estado mayor; es necesario que todos estén con comodidad, somos veinte... ochenta raciones.

Car. Frantz, dispon que nada falte. (*vase Frantz con los Húsares.*)

Ant. Aun no hemos acabado, señora; mandareis disponer al momento la mejor habitacion para el Coronel.

Mos. Un jóven muy sério.... nunca se rie.... pero eso si... hombre honrado y de escelente corazon.

Ant. Acabarás tú, mal corneta?... (*tambores y trompetas, Antonio se dirige al foro.*)—

Cla. (*entrando.*) Mamá!... Carlota... (*se detiene al ver los franceses.*)

Cond. Qué tienes, hija mia?

Cla. En el patio hay un destacamento francés que acaba de llegar, y he creido reconocer...

Car. A quien?...

Cla. (*señalando á Emilio Lescat.*) Mírale...

ESCENA XII.

Dichos, Emilio Lescat.

Cond. Emilio!... el cielo os envia.

Emi. Ah señora! querida Carlota, por fin os vuelvo á ver... (*la besa la mano.*)

Ant. El Coronel!. (*Emilio se cuadra.*)

Voces dentro Al hombro, hum!...

(*Varios oficiales entran, y se colocan en dos filas á derecha é izquierda, luego entra el Coronel Sermet, Emilio tranquiliza las señoras.*)

Cor. Habeis cumplido con vuestro deber, señores; el emperador quedará satisfecho, y en su nombre os doy las gracias. (*á un oficial.*) Capitan Leonor, os habeis portado como un bravo, pero debisteis retiraros cuando se tocó llamada. Delegareis por ocho dias el mando de vuestra compañía al teniente German. ¿Quién se ha encargado esta noche de la distribucion de las raciones?....

Ant. (*adelantándose.*) Yo, mi Coronel.

Cor. (*á media voz y con sentimiento.*) Tú! (*alto.*) Tengo noticias de que se han sacado violentamente de algunas casas, y en especial de este castillo; es menester reprimir este abuso, y toda desobediencia será rigurosamente castigada. (*bajo.*) Me entiendes, Antonio? retírate. (*Antonio vase descontento, y Moscardon le sigue militarmente.*)

ESCENA XIII.

Condesa, *sus* Hijas, Emilio. *En el fondo el Coronel recibiendo despachos de varios oficiales á quienes comunica órdenes.*

Emi. (*á media voz.*) Juzgad, señora, cual seria mi contento, cuando supe que este castillo era vuestro. El Coronel Sermet es amigo mio, y antiguo camarada de colegio; no le juzgueis por su rostro severo, tiene un corazon noble, y su carácter es escelente. El emperador le aprecia en estremo.

Cor. Está bien, señores. (*vanse los oficiales.*) Dispensadme, bellas señoras, si el deber me ha retardado el momento de ofrecerme á vuestros pies.

Emi. Coronel, la señora y estas señoritas son las personas de quien tantas veces os he hablado durante nuestra permanencia en Aix-la-Chapelle.

Cor. Señoras, me felicito en tener la honra de conoceros.

Cond. Coronel, nosotras procuraremos manifestaros nuestro agradecimiento. (*un tiro.*) Dios mio!...

ESCENA XIV.

Dichos, Antonio, Moscardon, *Húsares.*

Cor. Qué ocurre, Antonio, qué tiro es ese?...

Ant. Yo no he visto nada, mi Coronel, este lo sabe, habla Moscardon.

Mos. (*saluda militarmente.*) Coronel, ha sido el centinela que está en los primeros árboles del parque.

Cor. Y á qué esa alarma?

Mos. (*la mano en el chacó.*) Mirad, yo estaba limpiando mis armas como debe hacerlo todo buen soldado, cuando veo á mi camarada que se baja, se levanta... alarga la nariz, inclina la cabeza á la derecha, luego á la izquierda.—Qué manejo traes? le dije. Estoy en observacion, me respondió. Y qué estás observando? repuse yo; aquel bulto, me contestó por segunda vez.—Aquel bulto negro le interpelé yo, es un gato, un gato negro. No creo tal, mas bien parece un Prusiano.= Entonces gritó, quién vive? nada.—Vuelve á gritar, quién vive?... el gato negro permanece mudo: grita por tercera vez.—Quién vive? mutis por parte del gato negro, el compañero hace fuego, y corremos á buscar el gato, pero habia desaparecido.

Ant. Mi Coronel, creo que el corneta se equivoca, se ha tirado á un hombre que los compañeros han visto deslizarse por el lado del parque, envuelto en una larga capa.

Cor. Que se doblen las centinelas. Es necesario estar alerta.

Cond. (*ap.*) No se que terror involuntario...
Ant. Voy mi Coronel. (*vase con Moscardon.*)
Cond. Con vuestro permiso, voy á dar las órdenes necesarias para que dispongan al momento vuestra habitacion.
Cor. Está bien, señora. (*á Emilio.*) Cuidad se observen mis órdenes.
Emi. (*marchándose con las señoras.*) Descuidad, mi Coronel.

ESCENA XV.

El Coronel, *solo. Se sienta á una mesa y registra algunos papeles, leyendo una carta con tristeza.*

Cor. El príncipe de Neuchatel felicitándome por la accion de hoy! Conozco que tiene razon, pero estas lisonjas no me llegan al corazon. ¿Es porque no tengo con quien partir mis glorias? Esta noche cada uno de mis oficiales, de mis soldados, escribirán á sus esposas, madres ó hermanas, participándoles los peligros que han atravesado, su comportamiento; la recompensa que esperan de sus gefes, y estas relaciones harán palpitar infinitos corazones... A mi tambien me concederán honores, grados, y condecoraciones... Y con quién he de participarlos?. Estoy solo... siempre solo... sin familia, sin parientes.. Pero alejemos tan tristes pensamientos. (*se pone á escribir.*)

ESCENA XVI.

El Coronel, Margarita, *apareciendo en el umbral de la puerta.*

Mar. Todo está en silencio!... Sola!... me siento algo desazonada... tengo un frio... me han dicho que Frantz velaria esta noche aqui. (*dá algunos pasos y llama.*) Frantz.
Cor. (*volviéndosé.*) Una muger ciega?...
Mar. Sois vos, Frantz?.
Cor. Es una francesa. (*se levanta y se dirige á ella.*)
Mar. Estais aqui, y lo celebro en estremo; me siento mala, me parece que hay aqui una chimenea, conducidme à ella, si quereis?... (*el Coronel la dá la mano, y la conduce à un sillon junto la chimenea.*) Si pudierais darme un taburete para los pies?... (*se le pone.*) Oh gracias!... (*el coronel la contempla con curiosidad.*) Es singular!. Este frio que esperimento!... (*el Coronel vé un gran manton y cubre con él á Margarita.*) Cuantas atenciones os debo, mi buen Frantz, me voy sintiendo mejor... Se ha recogido ya la señora Condesa?...
Cor. Creo que todavia no.
Mar. (*levantándose.*) Vois no sois Frantz.
Cor. (*vacilando.*) No señora.
Mar. Quién sois?
Cor. Uno de los soldados franceses que acaban de llegar.
Mar. Soldado francés!. Luego los franceses estan aqui?...
Cor. Si señora.
Mar. Dedidme, pero hablad bajo, venis victoriosos?
Cor. Si.
Mar. Los franceses victoriosos! respiro. Hace mucho tiempo que servis?
Cor. Once años!.
Mar. Empezariais muy jòven?
Cor. A la edad de 16 años.

ESCENA XVII.

Dichos, un criado.

Cri. Cuando gusteis, mi Coronel, podeis pasar á vuestra habitacion...
Cor. Voy.
Mar. (*levantándose.*) Ah!. Con que sois!...
Cor. Ciertamente.
Mar. Y os habeis dignado?..,
Cor. No sois una dama, una compatriota mia?
Mar. Coronel, dadme vuestra mano, y que el cielo recompense vuestros generosos sentimientos; yo rogaré por vos en mis oraciones.
Cor. (*vivamente conmovido.*) Gracias, señora! (*vase mirándola con interés.*)

ESCENA XVIII.

Margarita, *volviéndose á sentar en el sillon que está al lado de la chimenea.*

Oh! cuanto tiempo hacia que no habia oido hablar de mi patria! Las palabras de ese noble jóven me han rejuvenecido. Francia!.. Oh patria adorada!... (*enjuga una lágrima.*) la última vez que te vi, cuan triste y desolada estabas!.. el resplandor de tus ardientes rayos hirió mi última mirada!... Terribles recuerdos.... dejadme descansar unos breves momentos. (*se queda dormida.*)

ESCENA XIX.

Margarita *dormida,* Karl, *luego* Rutner.

Karl. (*entrando con precaucion por la puerta de la derecha, y mirando á tòdas partes sin ver á Margarita que está envuelta en un manton.*) Nadie!... (*á la puerta por donde entra.*) Señor Conde, podeis pasar.
Rut. Has egecutado mis órdenes?...
Karl. Si, si.
Rut. (*bruscamente.*) Por qué no has venido antes ó buscarme á la Torre de los Archivos, donde me habia refugiado?...
Karl. Temia atraer sobre mi, y sobre aquella parte, las sospechas que despertó aquel malhadado tiro. Os habeis librado milagrosamente.
Rut. Imbéciles!. Han pasado por mi lado, y no me han visto; me hallaba tranquilo... tenia mi reserva de pólvora, y solo hubieran encontrado un cadáver. Ah! señores franceses! Os ha parecido mi castillo un soberbio alojamiento para vuestro estado Mayor?. Os habeis apoderado de él.... pardiez que no se ha de libertar ninguno.
Mar. (*despertándose aterrada.*) Qué voz es està?. (*escucha.*)
Rut. A media noche, Mihalvit debe encender una hoguera en la opuesta ribera, y esta

señal me anunciará que los nuestros atraviesan el rio para sorprender el castillo, que se encuentra abandonado por este lado?.....

MAR. (*ap.*) Qué escucho!...

RUT. Y los franceses entregados al sueño, é indefensos á nuestros golpes, pagarán bien cara su presunta victoria,

MAR. (*ap.*) Gran Dios!....

RUT. Indaga si puedo penetrar sin riesgo en la habitacion del balcon grande.

KAR. Imposible!. Frantz me ha dicho la tiene ocupada el Coronel francés.

RUT. Maldicion!... Por ese balcon teniamos que franquear la entrada á los nuestros... Y lograrán libertarse de los Prusianos?. No por vida mia!... Karl, la llave del pasadizo secreto?...

KARL. Aqui está.

RUT. El Coronel fatigado de la accion, no tardará en rendirse al sueño....

KAR. En nombre del cielo, qué vais á hacer?.

RUT. Has olvidado que me apellidaban el Matador!...

MAR. (*ap.*) El Matador!. El es! El es!...

(*Cae desmayada. Rutner próximo á entrar por la izquierda, hace señal á Karl de que se retire.*)



ACTO SEGUNDO.

Habitacion gótica: dormitorio. En el fondo una ventana con un balcon de piedra que manifiesta ser de las dependencias del castillo. A la derecha la puerta de entrada que comunica con una galeria interior: á la izquierda puerta secreta. Mesa, sofá, una cama en el segundo bastidor de la derecha.

ESCENA I.

MOSCARDON; *al alzarse el telon entra con las armas del Coronel debajo del brazo.*

MOS. Castillo de Satanás! Creí no encontrar en toda la noche la habitacion del Coronel!.... Luego detenido á cada paso en esas infernales escaleras con las horribles figuras de los Hulans, Pandors, Brunwisch, y demas animales. (*acercándose al balcon.*) Ola! ola! ola! tambien tenemos estanque, y bien profundo... no, pues comó llegára uno á caerse, yo que nado como un plomo, trabajillo me costaria el salir; y el balcon mirándolo despacio, está amenazando ruina; al menor movimiento, pataplum, logra uno zamparse en el baño, remojándose lo primerito la cabeza....! y lo que es yo, no estoy de humor de eso... retirémonos de aqui, no sea el diablo... (*baja á la escena.*) Vaya un desmoronado castillo, donde por no haber nada, ni aun ganado femenino... como no le dé á uno la humorada de apechugar con alguna aldeana... y esto tambien está prohibido por la ordenanza, menos al capitan que tiene bula de difuntos... Oh! lo que es ese bien se las busca... Hace un momento que decia á la Condesa: mi amor vencerá todos los obstáculos, y no me será dificil obtener la mano de la señora Josefina... Antoñita... Tampoco! Oh! pero el proveedor viene, vamos á la obligacion. (*se pone á limpiar las armas.*)

ESCENA II.

MOSCARDON Y SERAFIN.

SER. (*yendo á sentarse á un sillon.*) Voto á cien mil de á caballo... malditos prusianos.

MOS. Ola, papá?

SER. Eres tú, pillastre? (*viéndole*) qué haces?

MOS. Ya lo veis. (*limpiando el trage del Coronel.*)

SER. (*ap.*) Este pobre diablo nació el año de 1793, un año despues de la partida de los Brunswichs; nadie me quitaria de la cabeza que es bástago de algun prusiano. (*alto.*) Despacha pronto, mal trompetero.

MOS. Eh!... poco á poco, tratad con mas consideraciones mi corneta; ella ganó la victoria en Wagran.

SER. La trompeta?

MOS. Precisamente todo el regimiento puede atestiguarlo. Yo no tenia mas que quince años, pero soplaba á las mil maravillas. Desde entonces data mi catarro pulmonar, si es que alguna vez lo he tenido. El emperador me dijo, camarada, toca retirada, yo me equivoqué y toqué á la carga. El ejército francés se arroja sobre los austriacos, los envuelve, y accion ganada. Hice mas, despues de la victoria pasó el emperador por delante de mi, se quedó mirando mi figura, sin duda le habia chocado; yo estaba inmóvil..... de pronto saca la caja del tabaco, toma un polvo, y me vuelve la espalda, sin hablarme una palabra. (*se pone la mano atrás, y anda con prontitud, imitando al emperador.*) Voto á cribas, qué orgulloso estaba yo.

SER. Cuanto charlas.

MOS. Me parece que no estais de muy buen talante esta noche.

SER. Es por lo que es.

MOS. Razon que me convence.

SER. El Coronel me ha sentenciado á dos horas de arresto por lo de los patos; pero no será por esto solo, porque me han mandado esperarlo aqui... no sé para que...

MOS. Para soplaros en un cepo.

SER. Y tú tienes la culpa.

MOS. Yo?

SER. Tú, malandrin. (*levantándose.*)

MOS. Cómo pues? (*levantándose.*) No me digisteis, Moscardon, estamos en Prusia, uñas largas á las gallinas y demas insectos volátiles... Yo os respondi. ¿Y el Coronel? Vos me contestasteis.—No está.—Yo repliqué, no puedo hacerlo á causa de la consigna. Vos me respondisteis... ya lo sabeis.

SER. Pero calla, que el Coronel viene.

ESCENA III.

EL CORONEL SERMET, EMILIO, SERAFIN, MOSCARDON.

COR. Dónde vas? (*á Serafin que trata de mar-*

charse.)

SER. Me habeis enviado á llamar.... aqui estoy... y ahora me marcho.

COR. No te irás.

SER. Esta noche no se descansa?

COR. Es temprano.

SER. Pero, tengo que repartir para mañana las provisiones

COR. Enhorabuena, mas no tardes; deseo hablar contigo. (*con severidad.*)

MOS. Al galope, al galope. (*bajo á Serafin.*)

SER. (*furioso.*) Oye, pillastre, ahora te daré yo el galope. (*vase corriendo tras Moscardon.*)

ESCENA IV.

EL CORONEL SERMET, EMILIO.

COR. (*con unos papeles en la mano.*) Capitan, veo con sumo placer que el regimiento ha tenido pocas bajas. La posicion de este castillo es buena.... De un momento á otro tendré quizás que hacer una salida, y durante mi ausencia he determinado os quedeis defendiendo este fuerte con vuestra compañía; pero antes he de merecer de vos un corto favor.

EMI. Hablad, Coronel.

COR. A mi llegada he encontrado una pobre muger.

EMI. Acaso ciega?

COR. Precisamente. La habeis vuelto á ver?

EMI. Ha pocos instantes la dejé desmayada en el salon grande.

COR. Desmayada!

EMI. Todos estaban descansando, pero felizmente un criado, el viejo Frantz, se encontraba allí, y le he ordenado la trasladase á esa habitacion que dá frente á la vuestra.

COR. Al amanecer tendré el honor de ofrecerla mis servicios.

EMI. Se me figura que esa pobre muger, os ha inspirado interés?

COR. Ciertamente!... Una compatriota, una francesa!... por otra parte, si he de dar crédito á ciertas espresiones que de sus lábios se han deslizado, es bastante desgraciada, y es preciso que la restituyamos cuanto antes á su pais natal. (*sacando una cartera y entregándosela á Emilio.*) Mirad, yo no tengo padres, hermanos, ni parientes; oro no necesito por ahora, con que asi, facilitémosla los recursos necesarios para que vuelva á su patria. Vos conoceis mejor que yo á la señora condesa.... disponedlo como mejor os parezca.

EMI. Coronel, semejante desinterés es digno de un valiente cual vos, y yo tengo á orgullo el merecer vuestra amistad.

COR. Ahora decidme, ¿nada se ha podido averiguar acerca del hombre á quien los centinelas del parque hicieron fuego hace un momento?

EMI. Absolutamente nada.

COR. Es singular. (*pensativo.*) ¿Y habeis recomendado una viva vigilancia?

EMI. Tranquilizaos, por ahora reina en el castillo el mas profundo sosiego.

COR. Está bien, ya es tarde, y necesitareis descansar.

EMI. Y vos, Coronel?

COR. Yo me recostaré en ese sofá.... Buenas noches capitan... (*volviéndose.*) Ah! si no os causa molestia, enviadme á Serafin. (*vase Emilio.*)

ESCENA V.

EL CORONEL, *despues* SERAFIN.

COR. (*sentándose.*) Ya le tenemos como en la primera campaña de Prusia; pero ahora no lo consentiré... Dios mio! verme en el caso de castigar á un amigo, á una persona que ha hecho las veces de padre... Oh! esta posicion es violenta, y no puede continuar asi. (*entra Serafin cerrando bruscamente la puerta.*) Serafin, ¿no puedes cerrar esa puerta con mas cuidado?

SER. Mandad que den aceite á las cerraduras. (*con acritud.*)

COR. (*levantándose*) Ademas, hay una señora francesa, una ciega, hospedada cerca de nosotros, y cuando por esa galeria pases, procura no meter ruido con tus pesadas botas.

SER. Que el gobierno les mande quitar las herraduras.

COR. Se me figura que no estás de muy buen humor.

SER. Pardiez que podré estarlo despues de haber sido arrestado en la prevencion por órden vuestra.

COR. Por qué me has desobedecido?

SER. Pero qué delito he cometido?

COR. Estraño me hagas tal pregunta!...

SER. Dos miserables patos.... he aqui mi crimen... mas duros que una baca holandesa, y voto á cribas, que no se han quejado tanto como vos... Pero no hay que afligirse, pronostico que la nueva campaña vá á ser muy divertida, y aseguro que el que coja por mi banda...

COR. Por eso te he llamado; no puedo permitir suceda lo del año 1806; con que asi, quiero tener contigo la primera y última entrevista.

SER. Hablad pues.

COR. (*sentados.*) Oyeme, vas propuesto para la cruz...

SER. Quién, yo? (*vivamente.*)

COR. Si, te he recomendado al emperador por la accion de hoy.

SER. Yo la cruz!... oh, gracias, mi coronel, gracias.

COR. Poco á poco; vas propuesto, es cierto, pero un criminal es indigno de obtener distinciones de esa especie, y tu nombre va á ser borrado de las listas que remito al emperador.

SERAF. Ah!

COR. Mira á lo que me he obligado. Esa cruz que debe honrar tu pecho tanto tiempo hace; esa cruz que es hoy tu única fortuna en este mundo, el porvenir de tu vida, y que gloriosamente has adquirido en el campo de batalla, te has hecho indigno de ella por tus imprudencias. (*con tierna reconvencion.*) Pero bien lo veo, á ti siempre te ha sido indiferente mi cariño y amistad.

SERAF. Yo no amaros á vos?... A vos por quien

derramaria la sangre de mis venas?... Oh! muy mal haceis en atormentarme de esa manera, y bien persuadido estais que mas siento de vos una reconvencion que veinte bayonetazos del enemigo.

Cor. Dame una prueba dè lo que dices, y entonces...

Seraf. Si... sì... ahora comprendo... pero no habeis de dar crèdito à ninguna bachilleria?...

Cor. Lo prometo. (*con bondad.*)

Seraf. De veras, mi coronel?

Cor. Con una sola condicion.

Seraf. Cual: quereis mi sangre, mi vida?

Cor. Menos que eso. Tu palabra únicamente, tu palabra de caballero...

Seraf. Nunca he faltado á ella.

Cor. Lo sé, y si tú me la empeñas, yo tambien la cumpliré. Unicamente en Prusia es donde tengo sérias quejas de tu comportamiento. ... Ignoro la causa, pero en España, en Italia, en Alemania, te he conocido honrado, y despues de la victoria, noble á la par que valiente; aqui, por el contrario, siempre inhumano y cruel, ejerciendo à cada momento actos de ferocidad y barbarie, como por ejemplo, el de esta mañana con aquel criado anciano... si, Serafin, yo no puedo consentir semejantes esceses, y desde hoy en lo sucesivo exijo la promesa...

Seraf. Imposible, mi coronel. (*vivamente.*)

Cor. Cómo?

Seraf. Imposible digo.

Cor. Y tu palabra?

Seraf. No la puedo cumplir.

Cor. Y la cruz?

Seraf. Renuncio á ella.

Cor. Pero desgraciado, no reflexionas...

Seraf. Todo lo he pensado.

Cor. Estás loco?

Seraf. Mirad, mi coronel, degradadme, fusiladme... siempre os diré que no puedo cumplir la palabra que os he empeñado.

Cor. Pero por qué, desventurado?

Seraf. Por qué?... Cien veces os lo he dicho. Porque los prusianos han cometido en la Lorena toda clase de horrores, y el cielo en sus altos juicios me ha señalado como vengador de mis compatriotas... porque han asesinado cruelmente á mi madre, y es indispensable que yo les asesine las suyas... hé ahi la razon.

Cor. Pero en todos los ejércitos hay gente perdida, y no se puede á una nacion hacer responsable del crimen aislado de algunos individuos que en su seno encierra.

Seraf (*con frialdad.*) No se puede, pero yo beberé la sangre de los prusianos... Madre infortunada!... no pasa un dia que no la ofrezca una oracion, y no mate un prusiano por su alma... y por la de la vuestra...

Cor. (*vivamente.*) La mia, dices?

Seraf. (*ap.*) Maldito de mi, que he dicho?

Cor. Has conocido tú á mi madre?

Seraf. (*con indiferencia.*) Quién ha dicho nada?

Cor. Tú ahora.

Seraf. Yo? No, habreis entendido mal.

Cor. Si, lo has dicho.

Seraf. Entonces figuraos que me he engañado, de la mia era de quien hablaba.

Cor. Pero...

Seraf. Ya os lo he dicho, mi coronel, vuestro padre al morir os confió á mis cuidados; yo he cumplido religiosamente su última voluntad... esto es todo.

Cor. (*enternecido y la mano sobre su hombro.*) Ciertamente tú me has criado, mi antiguo compañero de armas, me has servido de padre, y porque te amo, bien lo sabes, porque te amo como el hijo mas tierno y obediente, exijo de tí hoy la promesa solemne...

Seraf. Jamás.

Cor. Resueltamente?

Seraf. Si, mi coronel.

Cor. Entonces, preciso es que nos separemos.

Seraf. Separarnos!

Cor. Hoy mismo: tú lo has querido, tengo un amigo que manda un regimiento en Alemania; solicitaré tu traslacion, te recomendaré á él... alli harás tu voluntad, y si te portas mal, si te arrestan, al menos no será tu antiguo amigo; lo ignoraré, y al finalizar la campaña nos volveremos á ver.

Seraf. (*indeciso.*) Y durante este tiempo estaremos separados; y durante este tiempo permaneceré lejos de vos, de vos á quien he criado cual una madre el fruto tierno de su amor.... de vos... (*los sollozos le cortan la voz con fuerza.*) Y es esto posible?

Cor. Indispensablemente por mí, por tí, por ambos. Tú no puedes obedecerme; yo como coronel tuyo seria criminal en tolerar tales excesos, y en este caso yo seria quien sufriera... yo el desgraciado... con que asi, mañana partirás.

Seraf. Mañana! (*asombrado.*)

Cor. Durante ese plazo puedes reflexionarlo.

Seraf. Mi coronel... (*suplicándole.*)

Cor. Esto era lo que te tenia que decir... ahora déjame solo. (*paseándose.*)

Seraf. Separarnos, Dios mio!... (Y no poder revelárselo es cosa terrible. (*vase. El coronel dá un paso hácia él y se detiene enjugándose las lágrimas.*)

ESCENA VI.

El Coronel, *con tristeza.*

Esta separacion me destroza el alma, he estado à punto de llamarle, y arrojarme en sus brazos; pero mañana... no, no... he hecho bien; en esta campaña me conviene estar separado de mi amigo, de la única persona que ha tratado á mi padre, á mi madre quizás, porque por mas que diga, la ha conocido... si, no hay duda... Madre mia! (*se sienta.*) Y empero cuando recuerdo mis infantiles años, creo ver una muger jóven y hermosa, vestida de blanco, que me tenia en sus brazos... no se me aparta de la memoria... (*sollozando.*) Madre mia!... madre mia!... Que ruido es ese? (*levantándose de repente.*) Será el viento; acaso me habré engañado. (*cierra los ojos y vuelve á despertarse repentinamente.*) Pero no... no es ilusion... por este lado... (*se dirige hácia la puerta.*) Aqui es... tratan de forzar la puerta. (*abriéndola bruscamente.*) Gran Dios! La ciega! (*Margarita aparece.*)

ESCENA VII.

EL CORONEL Y MARGARITA.

MARG. Sois vos, coronel? *(estrechándole la mano.)* Oh, gracias! Dios mio, gracias! *(cae en brazos del coronel que la conduce al sofá.)*

COR. Serenaos, señora, nada temais; teneis á vuestro lado un amigo, un protector... por piedad tranquilizaos.

MARG. *(volviendo en sí.)* No sé, pero la turbacion, la emocion que he sentido, me estremecia la idea de no poder encontrar vuestra habitacion... luego he permanecido desmayada bastante tiempo, y mi trastornado cerebro... *(el reló de la ciudad dá las doce de la noche.)* Què hora es?

COR. Las doce.

MARG. Las doce! *(levantándose repentinamente y lanzando un grito.)* La hora señalada... van á llegar... Oh coronel, conducidme á esa ventana... pronto á esa ventana.

COR. Ya estamos. *(guiándola.)*

MARG. Decidme, no *(con suma agitacion.)* distinguis allá bajo, en la opuesta ribera... *(pausa.)*

COR. No, nada. *(vivamente.)* Ah, si... ahora se vé una hoguera, pero tan imperceptible... qué veo! son dos... cuatro: toda la ribera se halla iluminada... es singular!... cualquiera diria es la señal....

MARG. *(con fuerza.)* Si, la señal de la muerte de todos vosotros. *(toda esta escena sumamente viva.)*

COR. De nuestra muerte?

MARG. *(vivamente.)* Esta noche en la ribera, barcos, pertrechos de armas y soldados... los franceses entregados al sueño serán villanamente asesinados.

COR. Qué horror!...

MARG. Escuchad, escuchad... No ois á lo lejos el sordo ruido de los remos que baten las espumosas olas?... son ellos.

COR. Efectivamente....

MARG. Oh, corred, coronel, corred á despertad vuestros soldados, dentro de un instante ya no será tiempo... y vuestra ùltima hora habrá llegado.

COR. *(llamando á la puerta.)* Serafin!... Serafin!... nadie responde! Traicion!... traicion! *(llamando mas fuertemente.)* aqui mis valientes, aqui. *(vase con viveza y cierra la puerta.)*

ESCENA VIII.

MARGARITA *y despues* RUTNER.

MARG. *(de rodillas.)* Dios mio! salva mis compatriotas! *(ruido de una puerta interior que se abre por la izquierda.)* Ya comprendo... él es... el asesino... se dirige á abrir esta ventana para franquearles la entrada... Oh! pero primero han de pasar por cima de mi cadáver. *(se coloca delante de la ventana, la cual cierra. En el mismo momento aparece Rutner con una linterna y una escala de cuerda.)*

RUT. *(bajo el cancel de la puerta.)* Sonó la hora, y van á llegar... Nada se oye... el francés dormirá profundamente... empecemos por él... *(saca la escala, un puñal y se dirige hácia la cama.)* No hay nadie, y Karl que me habia dicho..... tal vez se habrá engañado... le alojarian en otra parte... es indiferente... no se nos libertará!... Evitemos toda clase de sorpresa cerrando por de pronto esta puerta. *(se dirige á la puerta y hecha el cerrojo.)* Ahora veamos...

MARG. Atrás.

RUT. Quién vá? *(presentando la linterna.)* Una muger! *(observándola con atencion.)* Una ciega!

MARG. *(con temblor convulsivo.)* Si: pero esta muger ciega se encuentra aqui para impediros cometais ningun crimen.

RUT. Ignoras por ventura con quién hablas?

MARG. Oh, si, os conozco demasiado.

RUT. Me conoces á mi?

MARG. Eres el Matador.

RUT. Desgraciada!

MARG. Ah! *(lanzando un grito.)*

RUT. Huye de este sitio.

MARG. No lo creais.

RUT. Huye, ó tiembla por tu vida. *(Lucha con ella para que se suelte de la ventana.)*

MARG. *(asiéndose fuertemente.)* Oh! por mas que me hagais sufrir, no conseguireis abrir esta ventana.

RUT. Suelta pues.

MARG. Mil veces no, primero me despedazareis.

RUT. Está bien, luego lo veremos.

(Margarita fatigada se suelta de la ventana. Rutner la abre, Margarita se precipita instantáneamente al balcon del otro costado.)

RUT. Maldicion!

Margarita desaparece un momento perseguida por Rutner: á poco se oye un grito lastimero. Rutner aparece solo.)

RUT. Era indispensable, sus gritos me hubieran comprometido!... pero si no me engaño oigo hablar debajo del balcon... *(asomándose.)* Si, son ellos... *(en voz baja.)* Estais ya todos?)

UNA VOZ. Si. *(Rutner busca la escalera.)*

RUT. Aqui está la escala. *(arroja la escala que sugeta el balcon)* Id subiendo con precaucion. *(Se oyen dentro voces confusa.)* Gran Dios... oigo ruido... gente viene... van á abrir esta puerta... huyamos... *(en este momento Moscardon aparece el primero con dos pistolas en la mano, y le corta la retirada escalando el balcon y saltando en la habitacion.)*

MOSC. Alto ahi, ó te levanto la tapa de los sesos.

RUT. Los franceses! *(asombrado.)*

ESCENA IX.

RUTNER Y MOSCARDON.

MOSC. Ola, ola, perillan, parece que no era á mi á quien aguardabas? *(Rutner hace un movimiento de querer desarmarlo, pero Moscardon dá un paso atrás presentándole una pistola en cada mano.)* Si das un paso, gran ladron, eres muerto!... Ah! te distraes en arrojar mugeres por esta ventana, no te dé cuidado, ahora te ajustaremos la cuenta, galopin; pero has de saber que mi valiente coronel estaba abajo, y la ha salvado.

RUT. Oh! rabia! *(queriendo precipitarse sobre él.)*

MOSC. Dá un paso mas, y te tiendo á mis pies. *(en este momento varios húsares escalan el balcon, la puerta cede á los esfuerzos de los de fuera, y el*

coronel entra precipitadamente seguido de todos los oficiales.)

ESCENA X.

Los mismos, el Coronel Sermet, *con el cabello húmedo.*

Mosc. Aquí teneis, mi coronel, al villano; yo soy quien le ha atrapado.

Coro. Prended à ese hombre y desarmadlo. (*los soldados le desarman.*) Felizmente, señores, esa generosa muger se ha salvado milagrosamente; y si por uno de los altos destinos del cielo nos encontramos en este momento con vida, agradezcámoslo á esa desventurada ciega, que à precio de su sangre nos ha libertado à todos de una muerte horrible, pero cierta.

Mosc. Toma! Toma! (*descubriendo la puerta secreta.*) Por aquí es por donde ha entrado el ladron.

Coro. Registrad el pasadizo secreto. (*vase Moscardon con dos soldados por la puerta secreta. Emilio entra por la otra.*)

ESCENA XI.

Los mismos y Emilio.

Coro. Y bien, capitan?

Emi. El enemigo se ha replegado á sus posiciones, y por ahora no hay el menor recelo!

Rut. Torpes (*ap.*).

Coro. Y la ciega?...

Emi. El mayor responde de su vida. Yo he enviado á Serafin á prevenir à aquellas Señoras que el estado de nuestra generosa libertadora reclamaba el mas solicito cuidado, y que por lo tanto confiaba seria atendida con el esmero que su posicion requiere.

Coro. Gracias, capitan, gracias (*á los oficiales.*) Señores que inmediatamente se reuna el consejo de guerra para juzgar ese miserable breve y sumariamente, y tan luego como el tribunal pronuncie su sentencia, sea egecutada sin la menor dilacion. Teniente German, vos con vuestros húsares tomareis las avenidas del parque sin permitir la entrada ni salida á nadie pena de la vida. A vos (*á Emilio.*) capitan, os confio el prisionero. Marchad, señores.

Rut. (*ap.*) Nadie me ha reconocido; aun no se ha perdido todo. (*Rutner vase von Emilio, los oficiales y soldados, menos dos húsares Esta escena de entradas y salidas deben hacerse sumamente vivas.*)

ESCENA XII.

El Coronel, *húsares y despues* Moscardon.

Cor. (*dirigiéndose al balcon.*) Reyna la mayor calma, y no se oye mas que el sordo y apacible ruido de las flotantes olas!... me parece que por esta noche no volverán. (*gritos fuera á la izquierda.*) Quién motiva ese alboroto? (*Moscardon aparece.*) Qué hay?

Mosc. Nada, mi coronel. Ese pasadizo estrecho comunica al salon donde ayer estuvimos, y á nadie hemos encontrado.... pero el aposentador es quién....

Cor. Serafin?... qué le ha sucedido?

Mosc. Le hemos encontrado á la puerta del castillo.... y por cierto que parece una furia... habla del año 92... de los húsares de la muerte... de no sé que retrato... en fin, está endemoniado....

Seraf. (*dentro.*) Dejadme, os digo, dejadme.

Mosc. Le ois, mi coronel, le ois?

ESCENA XIII.

El Coronel Sermet, Serafin, Moscardon *y húsares.*

Coro. Y bien, sepamos que ocurre?... (*severamente.*)

Seraf. (*entrando sin ver al Coronel*) Mi Coronel, donde está mi Coronel?

Coro. (*ap.*) Qué agitacion!... Nunca le he visto en ese estado. (*alto.*) Despejad.

Seraf. (*ap. al Coronel.*) Que nos dejen solos.

Mosc. Este está tocado de la cabeza. (*vase con los húsares*)

Seraf. Ese retrato.... ese retrato....

ESCENA VI.

El Coronel y Serafin.

Coro. Ya estamos solos. Qué tienes que decirme?

Seraf. (*arrojándose en sus brazos.*) Os dige que no nos separariámos, y no nos separaremos, porque ahora ya puedo hablar sin recelo.

Coro. Esplicate. (*con severidad*)

Seraf. Recordais cuantas veces os he hablado de vuestra madre?

Coro. Si, y siempre eludiendo mis preguntas.

Seraf. Os decia que no la habia conocido.

Coro. No te comprendo....

Seraf. Pues os engañaba.

Coro. La has conocido, Serafin, oh por piedad, dime que es de mi infortunada madre...

Seraf. Os dije que la mia fué asesinada, no e s cierto?.

Coro. Si.

Seraf. A mi propia vista?

Coro. Si, despacha.

Seraf. Pues bien, rogad al cielo que la vuestra hubiera corrido la misma suerte. (*saca un papel del pecho.*) Veis este papel.... es el testamento de vuestro padre que ha mas de 20 años lo conservo en mi seno, cual una reliquia sagrada. Por conservarlo, por defenderlo del plomo enemigo, he espuesto cien veces mi vida, esperando llegára el dia en que pudiera entregároslo intacto, y como vuestro difunto padre me lo habia ordenado. Mi Coronel, el momento de la prueba llegó, y mi mision está cumplida; tomad.... (*dándole el papel.*)

Coro. Pero tu mano tiembla, Serafin. (*asombrado y tomando el papel.*)

Seraf. Mas temblará la vuestra despues de haberlo leido.

Cor. Qué veo? caractéres de sangre! Gran Dios!... mi madre villanamente ultrajada por los prusianos... infames! (*Se deja caer en un sofá llorando y cubriéndose el rostro con las manos.*)

Seraf. (*con rabia reconcentrada.*) Quereis saber por qué profeso un ódio tan encarnizado á esos bandidos?... Pues oidme. Los aborrezco desde aquella fatal noche en que despues de haberos

libertado de las llamas, sentè plaza por vengar la muerte de mi madre, y la de la vuestra, que inhumanamente arrastraron à los bosques atada à la cola de sus caballos.

COR. Dios mio!

SERA. Estoy sediento de sangre desde el dia en que vuestro padre, herido mortalmente, me abrazó y me dijo: Hijo mio, véngame, véngame.... Serafin, no le abandones, sirvele de padre.... y espirò!...

COR. Si, Serafin, la venganza será tan terrible, como terrible la afrenta que he recibido... Pero á què tenerme oculto por tanto tiempo?...

SERAF. Vuestro padre os amaba, coronel, y no queria que cual yo encerráseis en vuestro pecho un òdio mortal que destroza y asesina, un ódio implacable...

COR. Y dónde hemos de hallar ese malvado?

SERAF. Qué, no le habeis visto?

COR. Dónde está, Serafin, dónde?

SERAF. En su castillo nos encontramos.

COR. El dueño de este castillo es el asesino de mi madre? (*cogiendo á Serafin por el brazo.*) Estas seguro de lo que dices?...

SERAF. Bien cierto estoy; sus facciones son las que ando buscando hace 20 años, y que he encontrado hace poco... es él... no hay la menor duda y ahora no se nos escapará.

COR. Mis armas, Serafin, mis armas! Infórmate dónde está!... que venga inmediatamente..... pero no... tú te has engañado... no es quien te figuras... en el castillo no hay mas que mugeres... bien seguro estoy... Serafin, tal vez no existirá.

SERAF. Qué idea! Dios mio!

COR. Y habrá muerto ese miserable sin que yo pueda satisfacer mi venganza?... Oh! no!... es imposible! (*se dirige à la mesa y toca la campanilla con violencia, Frantz aparece y permanece turbado al ver el rostro airado del coronel.*)

ESCENA XV.

CORONEL, SERAFIN Y FRANT.

COR. Vuestra señora, que se presente aqui; necesito hablarla.

FRA. Pero mi coronel...

COR. No me habeis oido? (*con voz aterradora.*)

FRA. Es que á semejante hora la señora condesa no recibe...

COR. Insolente!... (*lanzándose sobre él cogiéndole del cuello.*) Quiero verla, lo oyes?.. quiero verla en este mismo momento, ò de lo contrario... (*vase Frantz aterrado.*)

ESCENA XVI.

CORONEL *solo.*

Ah! Rutner! desgraciado de tí si la muerte no te defiende de mi furor, porque tu vida me pertenece ya!

ESCENA XVII.

CORONEL, LA CONDESA Y SERAFIN.

COND. Aunque no doy crédito á lo que el anciano Frantz...

COR. (*con severidad.*) Ahora no se trata de eso señora... Sois la esposa del conde de Rutner?

COND. Si señor. (*temblando*)

COR. Qué hizo la campaña de 92 en Francia?

COND. Si señor.

COR. Dónde está vuestro marido?

COND. Ah! por piedad!... compadeceos de mi...! sé que acaba de ser arrestado...

COR. Arrestado... (*sin comprender.*)

SERAF. Era el mismo, coronel! (*dando un grito de alegria.*)

COR. Con que está ya en nuestro poder el infame?

COND. Ah señor! sé que con una sola palabra podeis conducirlo á la muerte... pero vos os compadecereis...

COR. Apiadarme, decis?... qué habeis dicho?... No soy yo á quien en este momento debeis dirigiros...

COND. Me estremeceis, caballero... (*oyense tiros fuera.*)

COR. Qué ruido es ese?

ESCENA XVIII.

Los mismos y EMILIO.

EMI. Coronel el prisionero...

COR. Dònde está?

EMI. Se ha fugado.

COR. Y SERAF. Se ha fugado. (*vase Serafin por la puerta izquierda.*)

COR. Y vos le habeis dejado escapar... pues bien, sabed que era el conde de Rutner...

EMI. El conde de Rutner!

COR. Cuya hija amais! (*violentamente.*)

EMI. Coronel! (*indignado.*)

COR. Cesad de amarla, porque ese amor es indigno de un valiente cual sois vos. (*oyense nuevos disparos, ruido de armas mezclado con gritos:* El prisionero, el prisionero.)

ESCENA XIX.

Los mismos, MOSCARDON, *despues* RUTNER *conducido violentamente por los húsares, y á poco* MARGARITA *con* CLARA Y CARLOTA.

MOSC. (*por la puerta izquierda.*) Ya le tenemos... ya le tenemos... el furriel es el que le ha cogido!

COR. Respiro. (*con alegria.*)

EMI. Y COND. Gran Dios! (*los húsares persiguiendo á Rutner.*)

HUSARES. Muera el prusiano.

COR. Atrás todos... atrás!

UNO. Ha herido á nuestro compañero Serafin..... muera el prusiano.

TODOS. Muera el prusiano.

COR. (*con voz de trueno.*) Atrás todos, repito... el prisionero está ya en mi poder... y el primero que se acerque es muerto. (*todos los soldados retroceden, y el coronel no pierde de vista á Rutner.*)

ESCENA XX.

Los mismos, CLARA, CARLOTA *que traen cogida de los brazos à* MARGARITA.

CLAR. Oh! venid, venid à pedir por nuestro pa-

dre....

MARG. Dònde está el coronel, dònde? (*al coronel acercándose á él.*) Oh! señor... apiadaos del conde, apiadaos por favor.

COR. (*adelantándose á ella.*) Venis á rogar, Margarita, por el Matador?..!

MAR. El conde de Rutner es el Matador!... Y yo venia á pedir por él!... Oh! no... no... cúmplase la venganza del cielo.



ACTO TERCERO.

Salon del castillo de Rutner, con comunicacion al aposento del Coronel. En el fondo puerta y dos ventanas. Puertas laterales á derecha é izquierda.

ESCENA I.

LA CONDESA, CARLOTA Y CLARA.

Al levantarse el telon la Condesa aparece sentada pálida y llorosa; Carlota á sus pies: Clara á la puerta del aposento del Coronel prestando la mayor atencion.

CAR. Madre mia, tranquilizaos: Dios es justo y se apiadará de nosotros.

COND. (*enjugándose las lágrimas.*) El es únicamente nuestro protector, hija mia: todos nos han desamparado cruelmente; hasta ia señora Margarita.

CLA. Menos el capitan, que en medio de nuestra desgracia....

COND. Clara, me parecia haber oido...

CLA. (*escuchando.*) No es nada: el ruido de las pisadas de los centinelas que custodian el aposento del Coronel.

COND. Inútiles han sido cuantos esfuerzos he hecho por verle. Oh! hijas mias... (*llorando.*) ese hombre es inflexible.

CAR. Quizás el caballero Emilio sea mas venturoso; al fin es amigo suyo, y no ignorais cuanto le aprecia.

CLA. (*con temor.*) Pero madre mia, alguien viene. (*se acerca á su madre.*)

ESCENA II.

Dichos, EMILIO.

(*Las tres mugeres reunidas muestran la mayor turbacion. Emilio sale por la derecha.*)

CAR. El es.

COND. Y bien, capitan? (*saliendo á su encuentro.*)

EMIL. No he podido conseguir nada, á pesar de mis ruegos é instancias: la consigna de no verle tambien á mi me comprende.

COND. A vos, Emilio?

EMIL. Señora, nada puedo ocultaros ya. Es forzoso que salgais de esta casa.

COND. Salir de aqui?... yo?... Qué motivo?...

EMIL. Os repite que no hay tiempo que perder. La obstinacion que manifiesta el Coronel en recibiros, prueba suficientemente.... Señora Condesa, una gran desgracia amenaza este castillo.

COND. Una desgracia decis?... Luego no nos resta esperanza alguna!...

EMIL. El nombre funestamente célebre de vuestro esposo, ha sido descubierto en el acto de verificarse su prision. Es de creer que el emperador en justa represália...

COND. El emperador!...

EMIL. (*en voz baja.*) Acaba de salir un correo estraordinario al cuartel general, y el decreto para la egecucion de la sentencia puede llegar de un momento á otro. Mi opinion es...

COND. (*con nobleza*) Me quedo, capitan: la existencia de mi esposo se encuentra amenazada y mi deber es morir á su lado.

ESCENA III.

Los mismos, FRANTZ *pálido y azorado.*

FRA. (*se detiene al ver á Emilio y oculta un libro de memorias*) Señora, leed.

COND. Qué teneis, Frantz?

FRA. No sé si debo...

COND. Hablad sin temor: el capitan es de los nuestros.

FRA. Pues bien, señora, este libro de memorias es del señor Conde, que me lo ha arrojado desde su prision, encargándome salgais lo mas pronto posible de esta casa.

EMI. Vacilareis aun?

FRA. Ah! mi buena señora: no perdamos tiempo porque recelo...,

COND. Qué

FRA. No sé; pero esos soldados franceses tan afables ayer, han variado hoy repentinamente: por do quiera no se ven mas que corrillos, y mezclado el nombre del señor conde entre imprecaciones horribles.

EMI. Ya lo veis, señora: una nueva desgracia circunda este castillo; dignaos seguirme: veis esa escalera baja, la custodia mi compañía, y nada teneis que temer.

COND. Y ese desgraciado?

EMIL. Pensais lo deje abandonado en tan inminente riesgo?... Tan pronto como os ponga en salvo, volveré aqui, y me haré digno de que algun dia me podais apellidar hijo vuestro.

COND. Pero, donde quereis conducirme?

EMIL. A casa de la señora Margarita.

COND. La señora Margarita que tan cruelmente nos abandonó, al oir pronunciar el nombre de mi esposo?... Ah! no, jamás.

CAR. Desechad todo temor madre mia: espero que en esta ocasion, no nos negará un asilo.

COND. Está bien, capitan; mandad, disponed de mi.

EMIL. Entonces no perdamos tiempo.

COND. A Dios, mi buen Frantz, mi leal servidor.

FRA. Que el cielo os proteja, mis queridas amas (*vanse.*)

FRA. Dios mio! (*escucha con ansiedad.*)

EMI. (*dentro.*) El capitan Lescat,

VOZ DENTRO. Adelante.

FRA. Ah! (*con alegria*)

ESCENA IV.

FRANTZ, *solo.*

Partieron!... ahora ya respiro:.. Volvamos á leer

el billete del Sr. Conde para saber còmo he de anunciarle la salida del castillo de mis queridas amas. (*lee*) «Tan pronto como tus señoras se encuentren fuera del castillo, me lo participaràs agitando un pañuelo blanco desde la ventana que dà frente al torreon de los archivos, donde estoy encerrado.» (*se dirige á la ventana de la derecha.*) Ya han atravesado el ùltimo centinela.... por fin se salvaron!... (*cayendo de rodillas.*) Gracias, Dios mio, gracias! Ahora la señal convenida. (*levantándose.*) (*se acerca á la ventana de la izquierda y agita el pañuelo con alegria.*) Está bien: cumpli mi mision... pero alguien viene.... es el aposentador del regimiento... viejo maldito!... Quiero evitar su presencia. (*vase por el fondo.*)

ESCENA V.

SERAFIN, *despues el* CORONEL.

(*Serafin saliendo de la habitacion del coronel, segui do de dos centinelas; coloca uno á la puerta del fondo, y ordena al otro que se retire.*)

SERAF. El coronel me ha ordenado conducir aquì al prusiano... ¿qué tendrá que decirle?... Es singular!... He conversado un rato con los mozos de la quinta, y por vida mia que á nadie se les ha despintado. Buenas ganas le tienen. Y lo que es ahora, á buen seguro que se nos escape. Lo que yo les he dicho; mas vale tarde que nunca, y quien ha esperado 20 años para vengarse de ese perro de prusiano, bien puede aguardar media hora mas. (*El coronel entra rápidamente, se pasea con agitacion y aire sombrio sin hablar nada. Serafin inmóvil y siguiéndole con la vista.*) Ni una sola lágrima!... Siempre esa agitacion que destroza su alma.

COR. (*vivamente y sin ver á Serafin.*) Por fin voy à hablarle!...

SERAF. (*turbado.*) Vos, mi coronel!

COR. A pesar de mi severidad, no puedo resistir el deseo de ver á ese malvado.

SERAF. Qué decis?

COR. (*bajando la voz.*) Qué digo?... me preguntas.... Y mi madre, Serafin? Te olvidas de mi madre?... Si aun existe, no es ese hombre el solo que puede revelarme en que rincon de la tierra se encuentra?

SERAF. Y pensais por ventura que os lo dirá?

COR. Oh! Tranquilizate: yo sabré adivinar su mas recònditos pensamientos, sin que él pueda descubrir los diversos sentimientos que agitan su alma.

SERAF. Señor, aqui le teneis.

COR. (*Rutner aparece en el fondo entre soldados.*) Déjame solo con él.

SERAF. A solas con él!... pensad que es capaz de todo. (*mostrando su herida.*)

COR. (*sonriéndose y con desprecio.*) Nada temas.

SERAF. Nada temo... cuando tengo mi carabina... porque al primer movimiento... (*indicando apuntar.*) à tierra.

(*Rutner entra conducido por varios soldados, que á una señal del Coronel se retiran. Conforme Rutner vá avanzando, Serafin lo examina con desconfianza. Vase al fin disgustado; pero antes que cierre la puerta del fondo, coge una carabina que habrá á la derecha y se coloca muy próximo à la puerta.*)

ESCENA VI.

EL CORONEL RUTNER.

COR. Detente, corazon mio; ha llegado el momento de mirar frente á frente á tu odioso enemigo.

RUT. (*ap.*) Frantz ha cumplido fielmente mis órdenes. Ya puedo provocar la ira del francés. (*alto.*) En verdad, señor mio, que os creia rodeado de vuestro numeroso consejo de guerra.

COR. Vos os encontrais exento de las leyes militares..

RUT. Luego un duelo?...

COR. Y aun de las del honor.

RUT. No os comprendo.

COR. Vais á morir....

RUT. Lo sé.

COR. Vuestros crímenes reclaman un justo castigo, y en el momento en que os estoy hablando, quizá vuestra sentencia se habrá pronunciado: terrible será, no lo dudeis... Sin embargo, de vos pende no se lleve á efecto en todas sus partes.

RUT. Esplicaos.

COR. Os acordais de la campaña de 92?

RUT. Perfectamente.

COR. De las Isletas?

RUT. Tambien.

COR. Y pròximo á ellas, de una alqueria aislada?

RUT. (*riendo irónicamente.*) Tambien lo recuerdo.

COR. En esa casa vivia una muger.

RUT. Es cierto.

COR. Qué ha sido de esa desgraciada? Reflexionad que de esa contestacion depende vuestra vida.

RUT. (*hasta este momento el coronel no ha mirado á Rutner.*) Os he comprendido. (*friamente y despues de una pausa.*) Me preguntais por vuestra madre?

COR. (*sorprendido y mirándolo.*) Mi madre? Luego sabiais...

RUT. Tu secreto?... Esta noche, desde mi prision, te he oido cuanto hablabas.

COR. Pero ignoras que ese secreto es tu muerte?

RUT. No puedes condenarme à ella mas que una vez.

COR. Y bien?... Esa victima inmolada á tu ferocidad y barbarie, y que tan cruelmente arrebataste á su esposo é hijo, que has hecho de ella? oh! habla.... habla por favor.... si aun existiera... si pudieras devolvérmela, y yo lográra estrecharla entre mis brazos, oh! Rutner el cielo seria clemente contigo, y por tan bella accion repararias en parte tus pasados crímenes.

RUT. Por qué me preguntas por tu madre? Sé acaso su paradero?... Quièn puedo saberlo?

COR. Ah! desgraciada!

RUT. Tal vez sus gritos se ahogarian entre el furor de los combates, y su cuerpo seria sepultado entre los cadáveres de los combatientes.

COR. Ah! compadécete de un hijo que te pide de rodillas le manifiestes donde existe su madre! (*Rutner vuelve la espalda con desprecio.*) Cómo! no contestas y añades un nuevo ultrage? Infeliz, no provoques mi venganza.

Rut. Tu venganza!... La desprecio tanto como á ti...
Cor. Y te atreves á insultarme?
Rut. Coronel... aqui me tienes... la sangre exige sangre, mas tu madre...
Cor. Miserable!
Rut. Sàcia tu venganza... Ya, què me puede importar? Mi muger y mis hijas se encuentran al al abrigo de tu furor.
Seraf. (*entrando por el fondo y mostrando la habitacion de la izquierda.*) Señor, ese hombre os engaña, miradlas.
Rut. (*ap.*) Oh rabia!
Seraf. Trataban de fugarse, pero mis fieles camaradas las han conducido aqui. Vedlos. (*los soldados entran por el foro.*)

ESCENA VII.

Los mismos, Serafin, *soldados.*

Cor. (*con voz terrible.*) Rutner, has provocado la cólera del cielo... asi disponte para morir...
Ger. (*entrando apresurado.*) Coronel, acaba de llegar un oficial del estado mayor con pliegos para vos del Emperador.
Cor. (*con alegria.*) ¡Oh placer!
Todos. El Emperador!
Cor. Soldados, es la sentencia de ese miserable, firmada por el mismo Emperador... la sentencia del incendiario de la Champagne y de la Lorena, del matador de vuestros hijos y vuestras esposas... Conducidle á su prision. Señores, seguidme. (*á varios oficiales con los que sale.*)
Rut. (*ap.*) Ah! Ya se acerca el instante de mi venganza.
Seraf. Vamos pronto, á la torre de los archivos!
Rut. (*con alegria feroz.*) Sí, à mi depòsito de pólvora!
(*Mientras que se retiran por el fondo, el capitan Emilio entreabre con precaucion la puerta de la habitacion de la condesa, y no sale hasta tanto que todos han desaparecido.*)

ESCENA VIII.

Emilio *solo.*

Pliegos del Emperador!... Qué es lo que he escuchado? El mismo Emperador ha pronunciado la sentencia!... Dios mio!... Ya no nos queda esperanza de salvar al conde!... y su esposa y sus hijas que aun ignoran su suerte?... ah!..... procuraré ocultarlas el horrible espectáculo que se las prepara.

ESCENA IX.

Emilio, la Condesa, Clara y Carlota.

Cond. Ah! señor... piedad.... piedad... (*cae á sus pies con sus dos hijas.*)
Emi. (*levantándolas.*) Què teneis, señora?
Cond. (*aterrada*) Alli... en ese corredor... un suplicio vergonzoso!... Ah caballero: salvad, salvad á mi esposo...
Car. Señor, nuestro padre....
Emi. (*ap.*) Desventurada familia!...
Cond. Y el Coronel? No, el Coronel se enternecerà quizàs al ver la desesperacion de una madre y las lágrimas de sus hijas: y si esto no bastase, me verán arrastrar á los pies de los soldados demandando el perdon de mi esposo.
Emi. Todo seria inútil. (*se oyen gritos dentro.*) Gran Dios!...
Cond. Qué rumor?... Temblais! (*á Emilio*)
Emi. Yo, señora!..
Cond. Ah, ya no nos queda esperanza!...

ESCENA X.

Los mismos, Frantz *por el fondo corriendo.*

Fran. Señora, señora...
Cond. Què nuevo peligro nos amenaza?
Fran. Los soldados ébrios y furiosos se han entregado al pillage y al saqueo, destrozando cuanto encuentran al paso, amenazando con sus gritos poner fuego al castillo, y degollar á todos sus habitantes.
Emi. Cómo!...
Fran. El húsar Serafin es quien los capitanea.
Emi. Señora, corro á su encuentro, puede que aun sea tiempo de estorbar....

ESCENA XI.

Dichos, Margarita *en el fondo.*

Marg. (*gritos dentro.*) Qué gritos, qué rumor?...
Cond. Como, nada sabeis... Están saqueando el castillo.
Marg. Dios mio!
Cond. Pero vos nos salvareis, no es cierto? Vos sereis el angel que nos defienda.
Marg. Y quién ha dado tal órden?
Cond. El Coronel, que arde en deseos de satisfacer una antigua venganza.
Marg. El!... es imposible...
Cond. Sí, estoy bien segura de ello.
Fran. (*que está en el foro.*) Ya han penetrado en la galeria.
Emi. (*desembainando el sable y colocándose en la puerta.*) El primero que pase, pagará con la vida su temeridad.

ESCENA XII.

Dichos, el Coronel.

(*Entrando rápidamente en la escena y con la espada desnuda.*)
Cor. Traidor!.. Tú eres el que vas á dar cuenta de la tuya por no obedecer las órdenes de tu superior.
Cond. Piedad!... Piedad!... (*á sus pies con sus hijas.*)
Cor. Nunca para el Matador!
Emi. (*suplicando.*) Piedad, mi Coronel; doleos de las lágrimas de una madre y de sus hijas, y no mancilleis de ese modo los laureles que cubren vuestra frente.
Cor. Idos con vuestros húsares, y esperad mis órdenes.
Emi. Obedezco. (*vase.*)

ESCENA XIII.

CONDESA, *con sus hijas llorando en el sofá;* CORONEL *en el proscenio;* MARGARITA *buscándole á tientas.*

MAR. Como, señor Coronel, será cierto...
COR. Si señora. (*con sequedad.*)
MAR. (*buscándole.*) Esos gritos, esos horribles escesos que cometen, son por los franceses?
COR. Si señora; no hacemos en todo mas que obedecer las órdenes del emperador.
MAR. (*buscándole á tientas.*) El emperador! Ah, no, el emperador es compasivo, y no puede permitir semejante maldad... Como es posible que vos, bueno y generoso, desoigais de esa manera las súplicas y las lágrimas de una madre?... (*ahora le coge la mano.*) Coronel, vos no teneis madre?... (*con dulzura.*)
COR. (*agitado.*) Señora...
MAR. (*con dulzura.*) Si, si, vos la teneis.
COR. Por piedad, no pronuncies esa palabra. (*con dolor.*)
MAR. Pues bien, acordaos de vuestra madre; si ella os viese, os echaria en cara el rigor que usais con unas infelices que ningun mal os han hecho, y os aborreceria porque quereis privar de la suya á estas desgraciadas!...
COR. Luego creeis que es un crìmen el que estoy cometiendo?
MAR. Si, mas vergonzoso que el que se ejecuta por mano del verdugo, porque al fin este no inventa suplicios para hacer padecer.
COR. Pues bien, escuchad y sentenciareis vos misma. Hará cosa de veinte años, que en nuestro pais, un hombre se posesionó de una granja á la cabeza de una tropa de bandidos. Allí habitaba una muger jóven y hermosa en compañia de su esposo é hijo. (*Margarita presta la mayor atencion, la Condesa y sus hijas le rodean.*) ¿Sabeis lo que este hombre hizo con ella?... Despues que obligaron á la infeliz á que los diese de beber, la colmaron de insultos, y èbrios proyectaron pegar fuego á la casa .. (*crece la agitacion de Margarita.*) La desdichada, deseando salvar á su hijo, les suplicó, y los cobardes profanaron su virtud torpe y villanamente.
MAR. (*ap.*) Cielos!...
COR. (*con ira reconcentrada.*) Vos creereis que la dejarian morir tranquilamente? Nada de eso; los miserables atormentaron su agonia, y su sangrienta vacanal no cesó hasta tanto que el aspecto de un cadáver los hizo recobrar la razon.
COND. Es posible!...
COR. (*á la Condesa.*) Si señora, y el hombre que cometió tal tropelia era vuestro esposo, y la muger desgraciada era.... mi madre!.....
MAR. (*con la mayor agitacion.*) Como, caballero... deciais... que ese crimen se cometió en Francia?
COR. Si, señora, en la Lorena. (*con dolor.*)
MAR. En 1792?... En las Isletas? (*agitada.*)
COR. (*admirado.*) En las Isletas... pero como sabeis...
MAR. Gracias, Dios mio! Ah, yo estoy loca de alegria... ¿Y decis que esa muger era vuestra madre?
COR. Si, mi madre, á quien yo he podido vengar, y á quien suplico me perdone.
MAR. Hijo de mi alma! (*arrojándose en sus brazos.*)
COR. Cómo?... Vos... madre mia!... (*pausa.*) Ah! el corazon no me engañaba ayer, cuando tanto abogaba en vuestro favor.
MAR. Ernesto, mi querido hijo!
COND. Señor, el cielo os ha recompensado el bien que nos habeis hecho devolviéndoos vuestra madre, perdonad á mi esposo...

ESCENA XIV.

Dichos y EMILIO *con una carta en la mano.*

EMI. Huyamos, señores; en nombre del cielo salid pronto de este castillo.
COR. ¿Qué ocurre?
EMI. Acabo de sorprender esta carta de Rutner para su esposa. Al dar la última campanada de las tres, vá á desplomarse este castillo sobre nuestras cabezas.
COND. (*cogiendo á sus hijas.*) Huyamos.
COR. (*cogiendo en brazos á su madre.*) Venid, venid madre mia!
EMI. Ya no es tiempo! (*con voz sepulcral, y oyendo que el reloj del castillo dá la hora de las tres. La Condesa y sus hijas se arrodillan y dirigen sus ojos al cielo, asi como Margarita y el Coronel; todo con la mayor precipitacion: los demas permanecen en pie, descubiertos, como en oracion, interin suena la hora con alguna pausa.*)
TODOS. Ah! (*al dar la última campanada, se oye el ruido de una esplosion, desapareciendo parte del fondo, y á la izquierda, y notándose las llamas y el incendio.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y SERAFIN *que conduce á los soldados con picos y azadones, y las carabinas á la espalda, cuadro.*

SERAF. (*dentro, á los soldados.*) Por aqui, muchachos, por aqui... Coronel... y mi Coronel.... ah! se ha salvado! (*se arroja en los brazos de Ernesto.*)
MAR. Antonio, Antonio!...
SERAF. Esa voz...
COR. Mirala, es la de mi madre.
MAR. Antonio, no me reconoces, soy tu hermana Constanza!
SERAF. (*cayendo á sus pies y besando sus manos.*) Ah! mi hermana! mi querida hermana!..... Infeliz, cuán desgraciada habrás sido!. ...
MAR. Desgraciada... si... lo he sido largo tiempo... pero ahora... (*buscando y abrazando á su hijo.*) Ya no lo soy... Tengo á mi hijo!

FIN.

MADRID: 1846.
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.